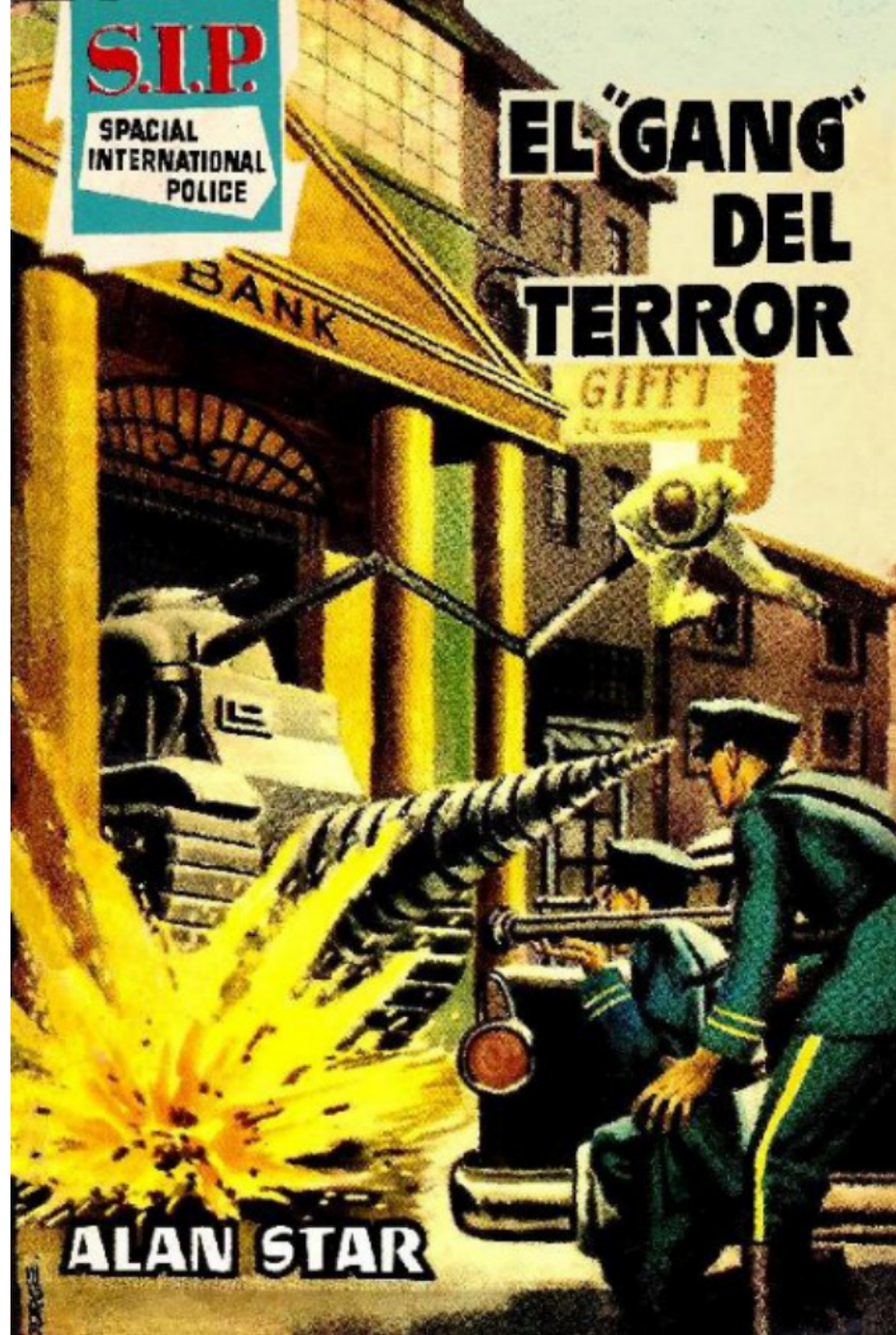


S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

EL "GANG" DEL TERROR



ALAN STAR

EL "GANG" DEL TERROR



EL «GANG» DEL TERROR

por

ALAN STAR



EDICIONES TORAY, S. A.

Arnaldo de Orne, 51-53

B A R C E L O N A

© EDICIONES TORAY, S. A. - 1959

Depósito legal: B. 3.170 - 1960

Número de Registro: 1.234 - 1960

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



OCE cámaras de televisión estaban dispuestas para enviar a las cinco partes del mundo, la emisión en color-relieve más importante del año. En los estudios de la «Pan América Televisión» y por los canales de la «International American Voice», más de doscientos técnicos disponían los filtros especiales, pendientes de los aparatos que iban a encadenar la formidable emisión.

En el estudio central de la I. A. V., miembros del gobierno y representantes de la Confederación Europea ocupaban los asientos de la tribuna, con las miradas fijas en la estrada-escenario donde, al lado de algunas personalidades relevantes de la ciencia y del locutor Milker, se encontraba el personaje del día: el joven profesor Karl Hembert.

Karl era alto, delgado, con cabellos rizados de un color pajizo. Sus hombros, un poco caídos, denotaban el hábito a la estancia en los laboratorios, donde había trabajado desde que su padre le autorizó a entrar en ellos, para ayudarle. Tenía los ojos de un azul oscuro y toda su persona irradiaba una simpatía inequívoca.

Cuando el enorme letrero luminoso se encendió, reclamando un absoluto silencio, Milker, el más famoso locutor de las cadenas americanas de televisión, y cuyo rostro era conocido en todo el mundo, se vio enfocado por las cámaras.

Por primera vez, en la historia de la televisión, iba a realizarse una emisión mundial con el nuevo equipo del traductor automático, que vertería el inglés americano de Milker, con mucho «slang», en ciento ochenta y tres lenguas, cuyas dos terceras partes eran afroasiáticas. De aquella manera, los telespectadores de las regiones más alejadas del globo, podrían seguir el curso de la emisión, oyendo a Milker expresarse en lenguas de las que, en su mayor parte, jamás había oído ni siquiera hablar.

—Ciudadanos del mundo: es para mí un honor, el más grande de toda mi vida profesional, poder presentar a ustedes al profesor Hembert y animar, con mi pobre estilo, una de las ceremonias más emocionantes que jamás me cupo dirigir.

Hizo una pausa; luego continuó:

—Antes de presentarles al hombre que centra hoy la atención del mundo entero, permítanme hacer un poco de historia de todo lo que ha hecho posible esta magna emisión que estamos empezando —sonrió—. Todos nosotros hemos oído hablar del profesor Otto Hembert, padre del que vamos a presentar dentro de poco. El profesor Otto Hembert vino a los Estados Unidos hace exactamente doce años. Interesado por la creación de uno de los más importantes centros de Cibernética en nuestro país, dejó el suyo, su amada Colonia, trasladándose con su esposa y sus dos hijos a nuestra tierra.

»Desde su llegada, demostró a todos, y principalmente a sus compañeros de trabajo, que poseía una Personalidad de primera fila y que sus conocimientos sobrepasaban los de la mayoría de las especialistas de nuestro siglo. Muchos, muchísimos inventos de importancia capital se deben a la actividad y entusiasmo del profesor Hembert; pero, casi en seguida, todos sus amigos, los que tenían el honor de estar a su lado, se percataron de que Hembert buscaba algo nuevo. Y, dentro de la Metalografía, después de unos viajes que realizó a Marte, el profesor logró lo que deseaba: una nueva aleación de una resistencia jamás conocida.

»No fue sólo eso...

»Tres años más tarde, a su regreso de su último viaje a Marte, trajo una pequeña cantidad de un nuevo mineral, un hierro con una particular estructura atómica, los químicos lo llaman isótopo F-88, con lo que logró poner el último detalle a la máquina que había estado estudiando desde su juventud.

Se detuvo de nuevo y con aquella sonrisa que le había valido la fama, prosiguió:

—Hemos olvidado un pequeño, pero interesante detalle: Los padres del profesor Hembert; es decir, los abuelos del hombre a quien vamos a presentar seguidamente a ustedes, eran mineros, e igualmente los ascendientes de éstos.

»Desde muy pequeño, Otto conoció la mina y supo, por desgracia directamente, los peligros de las modernas excavaciones que, a pesar de los adelantos conseguidos, en todas las ramas, siguen siendo demasiado frecuentes. Las profundidades cada vez mayores que hay que alcanzar para extraer de la tierra todo lo que necesitamos de ella, ha hecho que la explotación minera sea cada vez más peligrosa.

»Otto Hembert perdió a su padre, en un accidente minero, en Silesia, cuando el futuro sabio no tenía más que once años. La insistencia de su madre logró que el pequeño Otto se alejase de la mina, entrando en la Universidad de Maguncia, donde cursó ingeniería y luego se doctoró en Física; pero, a pesar de haber seguido las instrucciones de su madre y haber paliado, en cierto modo, el dolor que le causó la pérdida de su esposo, evitando las angustias que le hubieran producido el haber tenido un hijo minero, Otto Hembert no olvidó la mina.

»Pensando en todos los mineros del mundo, dedicó sus esfuerzos a lograr algo nuevo, algo que garantizase completamente la vida de esos valientes que, a profundidades inconcebibles, luchan para proporcionarnos muchas cosas de las que, a veces, extraemos sólo una fútil e intrascendente sensación de efímero lujo.

»Así nació, señores, la «geoperforadora» Hembert.

»Pero creo que ha llegado el momento de ceder la palabra al hijo del profesor que, mejor que nadie, podrá decirnos en qué consiste esa maravillosa máquina que significa tanto para la seguridad de los hombres.

Giraron las cámaras captando el rostro simpático de Karl.

—Queridos amigos —empezó diciendo—: todo cuanto voy a decir no va a ser más que rememorar el trabajo de mi padre, cuya muerte estuvo a punto de impedir la realización del mejor y más querido de sus sueños. La «geoperforadora» es un vehículo, construido enteramente con una nueva aleación, capaz de resistir las mayores

presiones sin sufrir el menor daño y que posee, en su parte anterior, un vástago, de unos dos metros de longitud cuya punta está construida con F-88.

»Fue, en realidad, un doble acierto el descubrimiento de la aleación que mi padre logró en Marte y el hallazgo, después, del F-88, que se reveló como la materia más dura que jamás ha existido. No voy a entrar aquí en consideraciones técnicas sobre ella; baste decir, para que todos ustedes se percaten de la importancia de la máquina, que la «geoperforadora» soporta presiones inconcebibles, que es capaz de permanecer aislada en cualquier profundidad y que puede abrirse paso a través de muros del acero más resistente que el hombre haya forjado jamás.

»Espero que esa máquina borre para siempre las tragedias como la que causó la muerte de mi abuelo y la de tantos que han caído en el cumplimiento de un deber social que no so puede pagar con nada.

»Muchas gracias.

Milker volvió a aparecer en las cámaras.

—Nos lo esperábamos y era natural en este hombre, cuya modestia corre pareja con su saber, que la alocución fuera corta, escueta, sencilla. Ya han visto todos ustedes al hijo fiel creador de la «geoperforadora». Pero hemos de decir que también él, junto a su insigne padre, ha contribuido no poco a lograr que sus proyectos llegasen a ser una hermosa realidad.

»Pero esto no es todo.

»Si estamos aquí, queridos telespectadores, si todo el mundo sigue hoy con interés, esta emisión extraordinaria, es porque el gobierno de los Estados Unidos de América, consciente de su deber y deseando demostrar su agradecimiento al inventor y a su hijo, así como a su pueblo de origen, está dispuesto a entregar la primera «geoperforadora» a la nación alemana, dentro de la Confederación Europea; es decir, concretando más, a las minas de Silesia donde el abuelo del hombre que acabamos de conocer perdió la vida.

Sí, señores: los Estados Unidos entregan la primera y la única máquina que existe, en homenaje a su autor, y al pueblo que le vio nacer. Otras máquinas, muchísimas, saldrán de las fábricas americanas. Pero ésta, la primera, partirá para Europa dentro de dos días. El hijo dé su inventor, única persona que, por el momento, sabe conducirla, la llevará a las minas alemanas donde instruirá a un equipo qué se hará cargo definitivamente de ella.

»Una vez terminada la instrucción de los mineros germanos, el profesor Hembert regresará a los Estados Unidos para Iniciar la fabricación en cadena de cuantas máquinas sean necesarias para hacer

desaparecer el fantasma del peligro de todas las minas del mundo.

»Habiendo trabajado en la intimidad con su padre, el profesor es la única persona capaz de montar, por el momento, las «geoperforadoras»; pero un equipo de ingenieros, cuando regrese, trabajará a su lado, instruyéndose en la fabricación y montaje.

»Por eso, esta ceremonia tiene la importancia de un hecho capital en la historia de la minería mundial. Recordemos que, desde un principio...»

* * *

Steson apagó el aparato de televisión.

—Ya hemos oído bastante —dijo.

Era un hombre alto, de rostro aguileño y mirada penetrante. Tenía los cabellos negros, engomados y pegados por una capa de fijador-brillantina.

—Ya os habréis dado cuenta —dijo, después de un corto silencio — que el asunto era tan interesante como os anuncié.

Bat Simber, tan parecido a él que se hubiese dicho que eran hermanos, asintió con un gesto.

En cuanto al colosal Bill O'Connor, con sus cabellos rojizos y sus ojos verdes, terminó de encender un cigarrillo.

Después dijo:

—Sí, el asunto parece bueno, pero no lo veo muy raro.

—¿Ya estás poniendo dificultades? —inquirió Bat.

—Déjalo —intervino Jimmy Steson—; en el fondo tiene razón. Quiere conocer los detalles. Es un hombre precavido,

—Nunca me ha gustado trabajar a ciegas —argumentó el irlandés.

—No trabajarás a ciegas, Bill. Desde que supe que esa máquina era una realidad y pude informarme de su utilidad, no he dejado de darle vueltas a la cabeza. Y puedo asegurarte que es precisamente lo que necesitamos.

—¿Sabrías manejarla?

—No. Ya has oído al locutor. Sólo el profesor sabe hacerlo,

—¿Entonces?

Jimmy sonrió.

—Hay una manera de obligar a un hombre a que obedezca cualquier clase de órdenes. Y yo tengo la que hará de ese joven una especie de robot, que seguirá nuestras instrucciones al pie de la letra.

—Me gustaría saber cómo vas a lograrlo.

—Te lo diré: ese Karl Hembert tiene una familia muy interesante. Está, casado, pero vive con su hermana y su madre. Total, tres mujeres que habitan en una casita aislada, en Nueva Jersey.

—¿Conoces el sitio?

—Ideal para «trabajar». El profesor se quedará todo el día en Nueva York, ya que han organizado un banquete en su honor y una serie de presentaciones oficiales. Eso quiere decir que no regresará a su casa hasta la noche.

—¿Y bien?

—Que nosotros nos ocuparemos de su familia.

—¿Qué piensas hacer con esas tres mujeres?

—Ya he hablado con Phil Stone,

—¿El tejano?

—El mismo. Las llevaremos a su rancho y nadie podrá encontrarlas... hasta que nosotros queramos.

El irlandés torció el gesto.

—Conozco a Stone desde hace mucho tiempo y sé que no trabajará gratis.

—¡Naturalmente que no! Le he ofrecido su parte, la cuarta de lo que logremos.

O'Connor escupió con ostentación en el suelo.

—¡La cuarta parte! ¡Qué magnánimo eres, Steson! La cuarta parte para un tipo que no tendrá más tarea que- ocuparse de tres mujeres, mientras nosotros las estaremos pasando moradas.

Los ojos de Jimmy fulminaron al irlandés.

—No sabía que fueses tan estúpido. Stone daría todo lo que posee por estar a nuestro lado cuando las cosas se pongan mal. ¿Crees que la SIP va a descansar en cuanto se entere del rapto de la familia de ese profesor? Nosotros estaremos a salvo y nadie, ni el mismo Callowan, el jefe de la Spacial International Police, podrá hacernos nada. Mientras que Stone tendrá que tener muchísimo cuidado para que no le descubran.

—Puede que tengas razón; pero, de todos modos, podías haberle ofrecido un poco menos.

Una expresión de asco apareció en el rostro de Jimmy.

— ¡Eres muy listo, O'Connor! O, por lo menos, te lo crees, que es aún peor. ¿Cómo va a saber Stone lo que sacaremos de este negocio? Seremos nosotros, al final, los que le digamos la cifra. Y será de esa cantidad de la que él recibirá la cuarta parte.

Bill bajó la cabeza., dándose por vencido.

—Perdona —dijo.

—Te perdono porque te necesito. Pero te advierto que ya empiezo a estar cansado de tus idioteces. No olvides que soy yo quien manda aquí.

—Nunca dije nada en contra.

— ¡No discutáis más; por favor! —intervino Bat, conciliador;

—Está bien —asintió Jimmy.

Pero guardó silencio, durante un largo rato, con una expresión adusta y disgustada en el rostro.

Deseando romper aquel silencio molesto, Simber volvió a intervenir.

—¿Cuándo nos largamos, Steson?

—Dentro de un rato. Stone nos esperará, en cuanto le llame, en un terreno alejado de toda población, con su aparato particular. Se llevará a las mujeres, en vuelo directo, mucho antes que nadie sepa que han desaparecido.

—¿Y qué haremos nosotros?

—Esperar al profesor. Tendré que tener una larga y fructífera conversación con ese sabio.

—Es posible que no ceda —intervino el irlandés.

—Cederá. Todo depende de la disposición que vea en nosotros. Si cometiésemos el error de mostrarnos blandos, podría negarse a colaborar. Pero estoy seguro de que terminará por trabajar para nosotros.

—No puedes raptarle.

—Y no lo haré. Incluso partiremos hacia Alemania antes que él.

Los otros dos le miraron con asombro.

—¿Nos vamos... a Europa'? —inquirió Bat.

—Sí. Es necesario. Yo hubiese querido actuar aquí, pero he tenido que convencerme de que eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque la máquina está en Nueva York, expuesta a la curiosidad de miles de personas que desfilan para verla. Acercarse a ella, incluso en presencia del profesor, sería una verdadera locura.

Mientras que en Alemania, las cosas sucederán de un mero muy distinto.

—qué haremos allí cuando tengamos la máquina?

—Lo que pensábamos hacer aquí.

—¡Pero no conocemos aquello!

—¿Y qué importa? El trabajo será el mismo y tan productivo como aquí, con la ventaja de que la S1P no posee allí los medios que en los Estados Unidos. Tiene agentes por todo el mundo, pero es muy distinto.

—¿Habrá suficiente trabajo allí?

—Tanto como aquí y, repito, mucho más fácil. Nadie podrá oponerse a nosotros y ya veréis cómo trabajaremos con absoluta tranquilidad, sin temor alguno.

—Tienes mucha confianza en esa máquina, Steson...

Éste sonrió.

—Porque la conozco un poco. Me he informado, durante estos últimos meses, de muchas cosas que desconocía. Y puedo aseguraros que el que logre apoderarse de esa máquina, se convertirá en alguien importante, fuera de la mano de todas las policías del mundo.

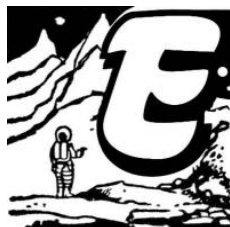
Bat sonrió.

—Ya tengo ganas de ver el color que tiene un buen fajo de billetes.

—Te cansarás de verlos —repuso Jimmy.

—Eso no me ocurrirá jamás a mí —dijo el irlandés, con una sonrisa que deshizo la expresión adusta que la pelea con Steson le había dejado.

CAPÍTULO II



STABA cansado.

La falta de costumbre —siempre había llevado una vida ordenada — -le había fatigado en las recepciones a las que se había visto obligado a acudir y que le parecieron interminables. Ahora, en su cómodo coche, un modelo más suntuoso que rápido, se dirigía hacia su casa, dichoso de haber terminado con todo aquello, pero satisfecho, al mismo tiempo, de todo lo que le había sido demostrado como agradecimiento unánime.

Había sido una jornada de orgullo y de recuerdo para la egregia figura de su padre. Y Karl, mientras conducía el coche, sonreía dichoso, como si Otto Hembert, en persona, hubiese asistido a todos los actos celebrados en su honor.

Al adentrarse en Nueva Jersey, después de atravesar el puente, pensó en el buen rato que iba a pasar en compañía de los suyos que, no le cabía la, menor duda, debían haber seguido por la televisión las incidencias de aquella inolvidable jornada.

El recuerdo de Hilma, su esposa, le llenó de ternura. Pero también las imágenes de María, su madre, y de su hermana Erika desfilaron por su mente.

¡Lástima que no pudiesen acompañarle a Europa!

Indudablemente, su esposa lo haría, pero su madre estaba demasiado fatigada para un viaje como aquél y Erika no querría separarse de ella por nada del mundo.

Le hubiese gustado llevárselas a todas y recorrer las tierras, que ni él mismo recordaba demasiado bien, donde sus padres habían vivido y donde los Hembert eran conocidos, admirados y respetados por todo el mundo.

Sin darse cuenta, movido por una natural impaciencia, apretó el acelerador y su coche, un birreactor potente, obedeció, atravesando una ciudad cuyas amplias avenidas estaban casi completamente desiertas a aquellas horas de la noche. Después, mientras se adentraba en la zona de bosques donde vivía, sintió una, satisfacción al

comprobar la tranquilidad que reinaba por aquellos lugares, que había elegido precisamente por la quietud de que se gozaba en ellos.

Cuando, por último, se detuvo ante las puertas de su garaje, oprimiendo el foco electrónico del coche, que hacía funcionar el mecanismo de las puertas, respiró satisfecho.

Una vez encerrado el vehículo, atravesó la puertecilla que separaba el garaje de la casa, subiendo la escalera metálica que conducía directamente al «hall».

Entró en la casa.

Allí debían estar.

Una sensación especial, de la que gozó con fruición, se apoderó de él al pensar que las tres mujeres estarían allí, esperándole, para rodearle de aquella ternura sin la que le era imposible concebir la vida.

Kart pasaba casi la totalidad del día en los laboratorios o en los hornos y secciones de montaje. Por eso, cada vez con mayor fuerza, sentía el ansia de regresar a su hogar, junto a los suyos, defendiendo celosamente aquella independencia que era para él como un mundo aparte, como un paréntesis de dulzura comparado con la interminable labor de cada día.

No imaginaba, ni tenía motivo para hacerlo, la sorpresa que le esperaba en el salón. Por eso, al ver a los tres hombres sentados en los sillones, en posturas más mal educadas que cómodas, como si estuviesen en su casa, frunció el ceño, no sabiendo qué pensar.

Uno de ellos, el que estaba de frente a la puerta por la que Karl acababa de entrar, se levantó al verle.

Los otros le imitaron.

—¡Ha tardado usted mucho, profesor! —dijo el que se levantó primero.

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió Hembert, mirando hacia la escalera que conducía al piso superior, como si buscase a las mujeres.

El otro comprendió el gesto del joven sabio. Y, sonriendo, dijo:

—Déjelas descansar, profesor; luego, cuando hayamos terminado de hablar, podrá subir a verlas.

Karl se despojó del abrigo, sirviéndose después un vaso y sentándose en uno de los sillones.

—Les he preguntado antes quiénes son ustedes.

—Unos amigos —sonrió el que hasta entonces había llevado la conversación— Aunque no importa que le digamos nuestros nombres. Éste es Bat Simber, aquél es Bill O'Connor y yo me llamo Jimmy Steson.

—Creo no conocerles de nada.

—En efecto. Nunca nos hemos visto hasta ahora. Pero eso no tiene ninguna importancia.

—¿Qué es lo que desean?

Los otros dos habían vuelto a sentarse y Steson los imitó.

—Es algo difícil de decir, señor profesor; pero, de todos modos, no habrá más remedio.

—No le entiendo.

Jimmy terminó el contenido de su vaso de un solo trago y encendió tranquilamente un cigarrillo.

—Espero que nos perdone ciertas confianzas que nos hemos tomado al servirnos nosotros mismos, profesor; pero la verdad es que ha tardado usted más de lo que esperábamos. Una pesada jornada, ¿eh?

—Sí. Pero espero que me digan el motivo de su inesperada visita.

—En seguida.

Volvió a servirse un buen trago que paladeó con Fruición.

— ¡Un excelente «whisky», profesor! O'Connor, que conoce bien las bebidas, me ha dicho que era de lo mejorcito que había probado en su vida.

—Me alegro.

—Verá... ya me imagino que usted va a sorprenderse, no poco, pero no me gusta dar vueltas alrededor de la noria, como suele decirse. Así que lo mejor es decidirse. Venimos a que nos entregue usted su máquina.

Karl enarcó las cejas.

y como si no hubiese comprendido las palabras de aquel desconocido, inquirió:

—¿Qué ha dicho usted?

—Que venimos a que nos entregue la «geoperforadora».

Era tan absurdo que Hembert sonrió.

—¿La quiere empaquetada? —bromeó, seguro de que se hallaba ante un grupo de estúpidos ignorantes.

—No se haga el gracioso —dijo Steson—. Hemos dicho que nos entregará la máquina y creo haberme expresado con suficiente claridad.

—La máquina está en Nueva York. Pueden ir a buscarla... si se atreven.

—No nos tome por tontos, profesor. Vamos a esclarecerle un poco

las ideas: usted nos entregará la máquina en Alemania y, además, nos dará, ahora mismo, los planos de construcción.

—¿Están ustedes locos?

—No. y ya basta, de perder el tiempo. Su mujer, su madre y su hermana no están aquí.

—¿En?

Karl se puso en pie, de un salto, apretando los puños.

Pero, sin moverse de su asiento, O'Connor había sacado una pistola y apuntando al sabio, exclamó:

—¡Cuidado, «profe»! ¡No haga tonterías!

—Mi amigo tiene razón —dijo Steson—. No es el momento apropiado de decir tonterías, sino de rendirse ante la realidad.

—¿Han raptado ustedes a esas... señoras?

—Sí, si quiere hablar así; pero no tema, nada les ocurrirá si usted es lo bastante razonable para impedirlo.

Hembert se dejó caer en un sillón.

La cabeza le daba vueltas.

—Esas tres señoras—dijo Jimmy—están en perfecto estado y serán cuidadas como merecen.

Hembert pensaba, ante todo, en la situación de los seres queridos. En primer lugar, lo que le interesaba era saber las intenciones de aquellos desalmados.

—¿Qué hay que hacer para que las dejen libres?

—Entregarnos los planos.

Decidido, Karl se puso en pie, dirigiéndose hacia el despacho, a donde fue seguido por los tres hombres. Abrió: la caja fuerte y sacó el rollo de papeles, el único ejemplar existente.

—Aquí los tiene.

Estaba seguro de que no iban a ser de ninguna utilidad a aquellos hombres. Su padre había utilizado, en las fórmulas especiales, una clave que no conocía más que Karl. Por otra parte, el profesor hubiera sido capaz, en cualquier instante, de repetirlos de memoria.

Ni aún los técnicos del Departamento de Investigaciones de Washington, o de cualquier otro país, serían capaces de descifrar los papeles que acababa de entregar a Steson.

Este se los guardó cuidadosamente en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Muchas gracias, profesor.

—¿Y las mujeres?

—Un momento. Antes le dije que deseábamos la «geoperforadora»: Los planos los necesitábamos para estar seguros de que no van a construirse, por el momento, más máquinas de esta clase.

—¡Pero ustedes me habían prometido...!

—No se acalore, profesor. En cuanto tengamos la máquina, todo volverá a su curso normal.

—Ya les he dicho antes que la máquina está en Nueva York.

—Y nosotros le hemos dicho que debe entregárnosla en Alemania. Escuche de una vez para siempre, profesor. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Karl se mordió los labios, pero no dijo nada.

—Usted, según el programa establecido —siguió diciendo Steson—, debe subir a la máquina en Colonia y dirigirla hacia la región minera. En ese preciso instante, cuando usted suba a la máquina, también nosotros debemos hacerlo.

—¿Y después?

—Le doy mi palabra de que en cuanto abra la portezuela de la máquina, su esposa y las otras dos mujeres estarán, a su lado. Créame, profesor: no queremos causar ningún mal a sus familiares.

— ¡Están ustedes locos! Aunque yo les dejase entrar en la «geoperforadora», ¿qué iban a lograr?

—No le entiendo.

—¿Para qué creen ustedes que voy a Alemania?

No es solamente por el homenaje que allí va a hacerse a mi padre, sino porque no hay nadie que haga marchar la máquina, cuyo funcionamiento es complicadísimo. Durante un par de semanas tendré que preparar a los futuros conductores. ¿O es que han creído que la máquina se conduce como un coche o un avión?

—Lo imaginábamos, pero eso no importa: usted nos deja entrar y en paz.

—No comprendo ese absurdo capricho.

—No importa que no lo entienda. Y ahora, profesor, con su permiso, nos vamos a marchar. Nos veremos en Colonia. ¡Hasta la vista! Y no haga ninguna locura, como, por ejemplo, llamar a la policía o ponerse en contacto con la SIP. Sería un verdadero suicidio.

Karl no contestó, dejando que los hombres saliesen tranquilamente de la casa.

En cuanto desaparecieron, reflexionó sobre lo que acababa de ocurrir. Evidentemente, alguien quería la máquina y los planos; pero,

aunque poseyera las dos cosas, nada iba a sacar en limpio, ya que tanto el metal de que estaba fabricada, como el F-38 que constituía la punta de su colosal perforadora, se hallaban en poder del gobierno de los Estados Unidos y fuertemente vigilados en los depósitos secretos del gobierno.

¿Qué iban a adelantar con los planos si no los entendían? ¿Y qué iban a hacer de la máquina, si serían incapaces de ponerla en marcha?

Lo importante, lo verdaderamente fundamental, era salvar las vidas de las inocentes mujeres que aquellos bandidos habían apresado. Después, las autoridades se encargarían del resto.

* * *

Las calles de Colonia se llenaron de un gentío ávido desde las primeras horas de la mañana.

Tanta fue la concentración de público, que la policía local se vio y se deseó para mantener abierto el pasillo por el que la máquina, que un grupo de helicargos posarían sobre la plaza, pudiese después salir hacia la región minera.

Además de las autoridades e invitados, que ocupaban las gradas montadas alrededor de la monumental plaza, el número de llegados a la ciudad llenaba los balcones, terrazas y hasta tejados de los edificios circundantes.

Prensa, Radio y Televisión habían creado un ambiente de delirante entusiasmo. Y mucho antes de la hora anunciada, los vehículos, procedentes de todas las partes del país, así como aviones y helicópteros de pasajeros, que acudieron de Europa entera, habían triplicado la población normal de la hermosa ciudad germana.

La curiosidad general se había excitado, sobre todo, por el ansia de conocer un vehículo capaz de soportar cualquier presión, enteramente construido con el metal que el profesor Hembert, padre, había encontrado en Marte, logrando una aleación óptima. Por otra parte, también se deseaba examinar la punta «perforadora», pues como la máquina iba a ser probada en la enorme plaza donde, para aquel espectáculo ciertamente nuevo, se había construido una barrera de hormigón armado, de doce metros de espesor, que la «geoperforadora» debía atravesar delante del público.

Las cámaras de televisión estaban ya emplazadas en los puntos desde donde obtendrían planos inmejorables de la operación que la máquina llevaría a cabo. Muchísimo público, que no había logrado instalarse en la plaza y que no vería a la «geoperforadora» más que pasar, por el itinerario previsto, cuando saliera de la ciudad hacia la región minera, vería el trabajo de la máquina en los aparatos de TV,

así como muchos millones de espectadores que contemplarían la primera prueba pública del aparato desde sus casas y, lugares de trabajo.

Y no era solamente la propiedad de la «geoperforadora» y el destino que, en principio, se le había dado, enfocándola concretamente para servir de salvaguardia a los mineros. Cientos de artículos y comentarios habían sido publicados sobre las utilidades de la «geoperforadora» y muchos habían adivinado ya que máquinas de aquel tipo serían capaces de adentrarse en las entrañas de la Tierra y encontrar nuevas fuentes de riqueza, al tiempo que realizaban descubrimientos básicos para la ciencia geológica.

Á las diez de la mañana, el joven profesor Hembert llegó a la ciudad, en un vehículo oficial, dirigiéndose a la plaza desde la que dirigió una alocución al mundo, explicando el funcionamiento de su máquina y expresando su agradecimiento por la acogida y el entusiasmo que el invento de su padre había despertado.

Su imagen, repetida en millones de televisores, mostró la impresión de simpatía que emanaba de su persona, pero fueron muchos los que notaron la seriedad de su semblante y la luz mortecina de sus ojos, atribuyendo aquello a la emoción que debía embargarle.

Cerca de las diez y media, un colosal helicargo, con treinta rotores y sus correspondientes palas, que se agitaban en el aire puro, apareció sobre los edificios de la ciudad. Colgando de su parte inferior y sujeta con cadenas de un grosor impresionante, se balanceaban las cincuenta toneladas de la «geoperforadora».

El público irrumpió en una ovación formidable, mirando con asombro aquella poderosa máquina que ahora podía contemplar con todo detalle.

Parecía, remotamente, un tanque, ya que sus cadenas le daban el aspecto de un vehículo blindado y guerrero. Lo que hubiese sido el cañón estaba sustituido por un enorme tallo macizo que terminaba en punta, mostrando la línea helicoidal que explicaba su naturaleza de barrena gigantesca.

A todos maravilló el brillo diamantino de la punta, construida, todos lo sabían, con aquel maravilloso isótopo del hierro, el F-88, más fuerte mil millones de veces que todos los materiales que poseía el hombre.

El helicargo, pilotado magistralmente, fue descendiendo, con una lentitud que llegó a ser desesperante para algunos impacientes, sobre la plaza, terminando por depositar, con suavidad, la mole colosal de la máquina.

Un grupo de obreros se precipitó entonces para desenganchar los

acerados garfios que sujetaban las cadenas de tracción, y la «geoperforadora» quedó libre, empezando a remontarse el helicargo, cuyo piloto recibió una ovación bien merecida por la cuidadosa y precisa maniobra que había efectuado.

Toda la atención se concentró entonces en el aparato y en la tribuna que, junto a los representantes de la Unión Europea, ocupaba el profesor Hembert.

La gente estaba impaciente.

También lo estaba Karl, aunque hacía poderosos esfuerzos para disfrazar su intranquilidad. No había olvidado lo ocurrido en América y esperaba que aquellos locos, fuesen quienes fuesen, cumpliesen su palabra y liberasen a los seres que más quería en el mundo.

Todavía no sabía cómo explicar lo que iba a ocurrir dentro de poco; pero, hombre precavido, había dejado un sobre al Presidente del Colegio Técnico germano, que estaba a su lado, rogándole en voz baja que no lo abriese hasta que la portezuela de la máquina no se hubiese cerrado. En aquel corto escrito explicaba a las autoridades todo lo ocurrido, justificando su actitud y tranquilizando a todos, ya que ninguno de los bandidos podría utilizar la, «geoperforadora» ni los planos que le habían obligado a entregar y que, por otra parte, se sabía de memoria.

Esperaba que aquellos estúpidos, para apoderarse de la máquina, penetrasen en su interior, donde quedarían apresados, sin poderla mover. Verdad era que el público, al no ver lo que esperaba, se sintiese defraudado, pero las autoridades encontrarían el medio de arreglarlo todo, esperando pacientemente a que el hambre y la sed hiciesen que los desalmados saliesen de la «geoperforadora», recibiendo el castigo que merecían.

Dispuesto a ocupar su sitio en la máquina, bajó las escaleras del estrado. Y fue entonces, precisamente en el momento en que ponía los pies en el asfalto de la plaza, cuando un agente de policía germana, con graduación de sargento, se acercó a él, saludándole militarmente.

—Perdone, profesor; me han entregado esta nota para usted, ordenándome que se la diese en este momento. Parece ser de la mayor importancia.

Karl se apoderó del sobre, mirándolo con cierta prevención; después, con una sonrisa que le costó un verdadero esfuerzo, dijo:

—Muchas gracias.

Desgarró el sobre mientras atravesaba la plaza camino de la máquina. Un locutor de la TV, que le seguía con su cámara, informó al público que el profesor debía de haber recibido un telegrama de su familia, deseándole toda clase de éxitos.

—«No olvidemos —dijo, con tono melodramático, aprovechando la ocasión que se le habla presentado— que el profesor Karl Hembert tiene una linda esposa, una madre y una hermana extraordinariamente hermosa. Esas tres mujeres están ahora pendientes de él, como todos nosotros, que nos asociamos al deseo de un éxito del que no dudamos un solo instante...»

Aquellas palabras no fueron oídas, naturalmente, por Karl, que escuchó la ovación que provocaron, creyendo que se trataba de un testimonio más de la simpatía y la impaciencia del público.

Pero todo aquello llegó hasta él a través de la emoción que le estaban produciendo las líneas escritas, justamente, por su esposa:

«Estarnos muy bien y pronto estaremos a tu lado. Estamos aquí, en Colonia, muy cerca de ti. No nos han causado el menor daño y nos han tratado muy bien. Estos señores me dicen que efectúes la demostración de la máquina tú solo. Ellos se presentarán inmediatamente después; es decir, cuando la «geoperforadora» haya pasado al otro lado del muro que debe atravesar. También me dicen que pienses en nosotras y que les abras la puerta. Si lo haces así, nada ocurrirá. Te quiere mucho tu Hilma.»

No pudo evitar la tentación de echar una ojeada a su alrededor, como si esperase ver el rostro de su mujer, pero un muro negro de gente le rodeaba por doquier: una muralla de rostros anónimos y desconocidos.

Presa de una emoción que no podía dominar, salvó la distancia que le separaba de la máquina, por una de cuyas escalerillas laterales, perfectamente empotradas en la masa lisa del aparato, subió hasta oprimir la palanca que había en la portezuela, que cerró tras él, alcanzando a oír una nueva ovación que murió el cerrarse la sólida puerta.

Una vez dentro, en el interior de la máquina, se sintió otro, como si la vista de aquella cámara —había penetrado directamente en la cabina de mandos— le pusiese en contacto con todos los recuerdos que guardaba de los trabajos que había realizado al lado de su padre.

Por un momento, olvidando todo lo demás, incluso sus preocupaciones de último instante y que había provocado el escrito que acababa de recibir, pensó en aquella excelente e inteligentísima persona que había sido Otto Hembert. Todo aquello de lo que gozaba ahora se lo debía al espíritu inventivo de su padre, a las concepciones revolucionarias que habían bullido en la mente de aquel hombre.

Acarició los mandos y sentándose en el sillón del conductor, abrió el dispositivo de visión directa, mirando por él al muro que se extendía ante la máquina.

Había llegado el momento.

Un botón puso en marcha el generador atómico de la planta baja, capaz de desarrollar una fuerza superior a los mil millones de caballos. Nunca el hombre había poseído una energía semejante en el reducido mecanismo de un vehículo.

El rumor del motor llegó hasta él, al tiempo que se movían las agujas de los cuadros que tenía enfrente, oscilando y marcando las cifras que demostraban la puesta en marcha de la poderosa fuerza que yacía en las entrañas de la máquina.

El coloso se puso en movimiento.

CAPÍTULO III



A expectación era extraordinaria.

Un silencio profundo, respetuoso, se había adueñado de la plaza, de la ciudad entera. Y los que no podían ver directamente, se agolpaban alrededor de los receptores de televisión, muchos de ellos portátiles y de mil tamaños y marcas, desde el modelo grande para fines de semana y playas hasta el minúsculo microvisor, cuya pantalla tenía el tamaño de una tarjeta de visita.

La máquina avanzó lentamente hacia el obstáculo. Fue entonces, gracias a las cámaras, cuando muchísimos espectadores se percataron de los cuatro orificios que presentaba su parte anterior, su «proa», como la calificaban en aquellos momentos los locutores.

Nadie sabía, naturalmente, qué utilidad podían tener aquellas aberturas y lo que se ocultaba en su interior; así, a pesar de la descripción minuciosa que los locutores hacían, la atención general estaba concentrada en la brillante punta de la perforadora, que no estaba ya a más de dos metros del muro.

Los locutores hicieron presente al público los detalles de aquella muralla, donde se había empleado el mejor cemento, enrejándolo con barras de acero, del mejor temple, cuyo grueso llegaba a ser de veinte centímetros de diámetro. Se perdieron un poco los locutores en detalles técnicos, citando cifras que intentaban aclarar a los espectadores la clase de fuerza que sería necesaria para romper tan gigantesca resistencia.

Momentos después, ya la máquina muy próxima al muro, un rumor mecánico se dejó oír: era como una vibración que aumentase, en un impresionante «in crescendo». Al mismo tiempo, pudo verse que el vástago metálico de la perforadora se ponía a girar vertiginosamente, desapareciendo sus estrías helicoidales para dar la impresión de algo difuminado y borroso.

La punta de F-83 entró en contacto con el cemento armado.

Y entonces, sin poderlo evitar, una exclamación de asombro brotó, al unísono, de millones de gargantas. Tanto si lo veían

directamente, como si lo hacían en las pantallas, el espectáculo valía la pena de admirarse.

En efecto, en cuanto la punta de la perforadora tocó la superficie rugosa del cemento, éste pareció evaporarse, disolverse, atomizarse, reduciéndose a una especie de finísimo polvo que salió disparado hacia atrás.

Se hubiese dicho —así lo pensaron muchos— que el muro era de cera, tal fue la impresión de poca solidez que dio ante la máquina.

Ésta fue penetrando decididamente en la estructura y las cámaras, sobre todo las que estaban cerca pudieron captar el increíble espectáculo que producía la licuación del acero y del hierro, en cuanto entraban en contacto con la punta de F-88.

Lo curioso es que el trabajo del vástago no era, ni muchísimo menos, el de un berbiquí cualquiera, que se limitase a hacer un orificio de entrada. Lo sorprendente fue comprobar que aquel colosal berbiquí poseía tal potencia destructiva, matemáticamente calculada, que producía un orificio por el que pasaba, ampliamente, el vehículo entero.

No había, pues, dificultad alguna para que la «geoperforadora» avanzase por aquel túnel expresamente hecho a su medida.

Pero aún hubo más.

Conociendo el instante en que el experimento iba a llegar a su momento crucial, todas las estaciones de TV y TSH que transmitían conectaron con el departamento técnico de la Escuela Industrial de Alemania, que había recibido instrucciones del profesor para hacerlo.

Y justo cuando la máquina se detenía, habiendo conseguido asomar su largo vástago por el otro lado del muro, una voz vibrante llegó hasta el público:

—«Señoras y señores —dijo la voz—: acaban de comprobar la sorprendente potencia de la «geoperforadora» del profesor Hembert. Para hacer posible una visión total, nuestro joven sabio ha obrado con una lentitud exagerada, ya que, de habérselo propuesto, hubiese podido atravesar el muro en un abrir y cerrar de ojos.

»La velocidad de perforación de esta máquina, ante cualquier clase de resistencia, llega a ser de más de cincuenta kilómetros por hora. Esta cifra, aparentemente fantástica, podrá darles una idea del formidable poder del aparato.

»Pero, de todos modos, el profesor Hembert desea darles una idea más concreta de la perfección de su trabajo. Muchos de ustedes, no lo dudamos, se habrán formulado la pregunta lógica de que pasarla si la masa que atraviesa la perforadora se desplomase sobre ella.

»Es una posibilidad cierta y con la que naturalmente había que contar en el interior de las minas, ya que el noventa por ciento de los accidentes del subsuelo son provocados por derrumbamientos de la más variada importancia.

»De ahí que el muro que hemos construido tenga un altura que a algunos ha debido parecer desmesurada. Por otra parte, su estructura interior ha sido calculada de manera que cuatro pilares fundamentales lo sostuviesen.

»El profesor Hembert va a proceder a la destrucción de esos pilares, haciendo que la masa total del muro, que puede calcularse en una cifra cercana a las doscientas mil toneladas, caiga sobre el vehículo. Igual hubiera podido resistir el peso de mil millones de toneladas, pero ustedes comprenderán que tal experimento no podía llevarse a cabo en condiciones normales.

»¡Profesor Hembert! ¡Puede usted empezar el experimento!

El silencio se hizo absoluto y la máquina retrocedió un tanto. Luego tornó a oírse la vibración de su vástago y diez minutos más tarde, en medio de un estrépito formidable, la masa total del muro se desplomaba levantando una gigantesca polvareda que impidió la visibilidad durante una docena de minutos.

Cuando ésta se restableció, el muro había desaparecido, convirtiéndose en una montaña de cascotes de gran masa, de la que emergían, aquí y allá, barras de acero y hierro, retorcidas las segundas y segadas limpiamente las otras.

La voz del técnico volvió a dejarse oír:

—El profesor va a proceder ahora a su última demostración, saliendo de debajo de esa impresionante montaña de cemento. Pero esta vez, atención, va a hacerlo a la máxima velocidad, demostrando lo poco que representa para su máquina el impresionante peso bajo el que está enterrada.

» ¡Adelante, profesor Hembert!»

Fue visto y no visto: algo así como si se hubiese disparado un proyectil desde el seno de aquella montaña informe.

La máquina apareció, triunfante, rodeada de una gran polvareda.

La emoción alcanzó límites Indescriptibles.

Durante más de diez minutos, una ovación cerrada, de la que surgían por doquier gritos de delirante entusiasmo, dominó todo lo que de sonido podía existir en la plaza y en la ciudad.

Hasta el motor del helicóptero, que apareció súbitamente sobre la plaza, no fue audible, aunque muchos lo vitorearon, creyendo que formaba parte del espectáculo emocionante que acababan de

contemplar,

El aparato evolucionó graciosamente y una cascada de fibra de perlón cayó de su cabina, en las proximidades de la «geoperforadora». Cuatro personas descendieron por ella, dirigiéndose hasta la máquina, cuya portezuela acababa de abrirse.

* * *

Karl, fue había estado en comunicación con el exterior, de manera a saber cuándo debía ir realizando las distintas fases de la experiencia, frunció el entrecejo después de hacer salir la máquina de la masa de escombros bajo la cual la habla enterrado ex profeso.

La preocupación de lo que iba a ocurrir seguidamente, arrugó su frente a hizo que se mordiese los labios.

Estaba seguro de que las autoridades abrirían el sobre en cuanto los malhechores entrasen en la máquina y que él se alejase de ella. Lo demás le escapaba por completo, no sabiendo nada del curso que tomarían los acontecimientos.

De todos modos, de lo que no podía dudar era que ninguno de los atrevidos bandidos podría poner en marcha la máquina y, por ende, utilizarla de cualquier forma.

Abrió la portezuela, viendo justamente al grupo de personas que se dirigía hacia la escalerilla. El polvo que había producido la «geoperforadora» le impidió distinguir los rasgos de los que se acercaban al aparato, reconociendo a Jimmy Steson cuando éste penetró en la cabina.

—¡Ha cumplido usted su palabra, profesor!

—Espero que ustedes la cumplan también. ¿Me permite abandonar el aparato?

—¿Eh?

—Yo cumplo entregándoselo. ¿No es eso?

Jimmy sonrió.

—Es usted un hombre inteligente, profesor; pero, antes de seguir, permítame presentarle a una visita inesperada que viene a verle.

Justo, en aquel momento, un rostro conocido apareció en la entrada de la máquina, y Karl sintió que su corazón aceleraba a toda velocidad,

—Hilma!

No cabía duda de que era su esposa, a la que no había reconocido cuando vio acercarse las cuatro siluetas, entre la nube de polvo, porque la mujer iba vestida con prendas masculinas y llevaba el

cabello oculto bajo una gorra amplia.

Se abrazaron, y los otros dos hombres que la seguían, Bill y Simber, penetraron a su vez en la cabina.

—Mi esposa y yo vamos a salir. Ya les he entregado la máquina.

Simber dijo:

—No sea estúpido, profesor... A partir de este momento, usted estará a nuestras órdenes y no dude que, si intenta engañarnos, su mujer, que para eso la hemos traído aquí, pagará las consecuencias.

—Pero... ¿qué es lo que se proponen?

—Pronto lo verá. Comprendo perfectamente su curiosidad. ¿Qué hay al otro lado de esa puerta?

—Las literas y una especie de comedor pequeño.

—¿Y abajo?

—Un almacén reducido y la sala de máquinas.

—Bien. Este cacharro es mucho más grande de lo que yo me había imaginado. Diga a su mujer que pase al otro lado. Puede echarse tranquilamente... No hay otra salida, ¿verdad?

—No hay más que esta puerta-escotilla.

—Bien. Señora...

Hilma miró a su marido y éste le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. La mujer pasó al otro lado, donde Bat, antes de cerrar la puerta, echó una ojeada al interior.

—No hay ninguna otra puerta, Jimmy.

—Bien —y volviéndose al profesor inquirió—: ¿Conoce Colonia?

—Bastante.

—Yo he traído un plano.

Lo extendió, señalando un Itinerario que, yendo por Goethe Strasse, llegaba a una nueva plaza, situada en el centro de la ciudad.

—Hay que ir hasta aquí. ¿Ve este edificio?

—Sí.

—Es el Banco Central. Lo atravesará usted, deteniéndose ante la caja fuerte, que también tendremos que perforar. ¿Entiende?

—Desdichadamente, sí.

—Mejor que mejor. Cuando hayamos «destripados la caja, tendremos que bajar, ¿verdad?

—¿Para qué?

— ¡Para coger el dinero y el oro que hay allí!

—Naturalmente.

Jimmy rió con sarcasmo.

—No se haga ilusiones, profesor. Bajarán éstos dos, pero yo me quedaré a su lado. Y ya le he dicho que su esposa es un rehén ideal.

—¡Canalla!

—No se sulfure, por favor. Todo irá bien cuando hayamos conseguido lo que nos proponemos. Le advierto que si le ocurre algo a uno de nosotros, su mujer lo pasará mal.

Karl se mordió los labios.

—Nadie puede salir de aquí cuando perforemos un edificio.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué hemos de dejar el oro y el dinero allí?

—No es necesario. La máquina posee cuatro manos metálicas, que se dirigen desde el interior, y que harán lo que se les mande.

—¿Serán capaces esas manos de meter aquí dentro el oro y el dinero sin que tengamos que salir de la máquina?

—Sí.

Steson sonrió.

— ¡Es usted un verdadero genio, profesor! ¡Ese detalle de las manos me ha dejado helado de satisfacción! ¿Cómo se le ocurrió? ¿O es que usted pensaba como nosotros...?

—¡Calle, granuja! Las manos se colocaron para realizar todos los manejos de recogida de mineral y colocación de cargas, sin exponerse a los derrumbamientos,

—De todas maneras, fue una idea maravillosa. ¡En marcha, mi querido profesor!

—Un momento, ¿Y mi madre y mi hermana?

—En un sitio seguro. Ya le contará su mujer cuando hayamos terminado el trabajo. Y vaya pensando un lugar seguro para meternos cuando asaltemos el Banco.

—Bien.

Se estaba dando cuenta de los propósitos de aquellos bandidos y maldecía el no haber hecho algo por detenerlos antes de que penetrasen en la «geoperforadora». Una vez allí, y era natural que lo supiesen, estaban a salvo de cualquier clase de peligro.

¡Qué débil y estúpido había sido!

Pero, de todas formas, encontraba una justificación en el hecho de que, habiendo obrado sin reparos, la vida de sus seres más queridos hubiese peligrado seguramente, ya que aquellos hombres estaban dispuestos a todo para lograr sus propósitos.

Puso la máquina en marcha.

A través del visor directo, y mientras el vehículo avanzaba al principio con lentitud, vio el rápido movimiento de las fuerzas de policía y la llegada de algunos vehículos oficiales, cargados con agentes, que se desplegaron por los alrededores.

Se sintió un poco satisfecho por haber tenido el valor de comunicar la verdad a las autoridades; pero, a pesar de todo, y conociendo como él conocía la potencia y la resistencia de la «geoperforadora», juzgó, «a priori», inútiles cuantas disposiciones se tomasen para detener a la máquina o evitar que sus ocupantes lograsen lo que se proponían.

CAPÍTULO IV



pesar de no haber cumplido aún los cuarenta años, Frank Tumbergen era ya jefe de policía de Colonia. Alto, dotado de un organismo a toda prueba, había presentado una solicitud para pasar, como simple agente, al servicio de la Spacial International Police, cuya central mundial se hallaba en Washington.

Había recibido excelentes noticias desde Estados Unidos y estaba seguro de recibir su nombramiento de un momento a otro, autorizándole a trasladarse a Washington donde pasaría a la Escuela de la SIP para cursar allí estudios especiales a que estaban obligados todos los agentes de la famosa organización.

Aquella no era la primera vez que un hombre de la valía de Tumbergen se alistaba en la SIP. Muchas veces, y desde los más alejados puntos del globo, policías u hombres de otra, condición cualquiera, chinos, malayos, japoneses o africanos habían ido engrosando las filas de la organización policíaca más importante que había conocido el mundo.

La SIP había sido creada al principio de la Era Espacial, exactamente en 1970, con la organización del primer Puesto Internacional en la Luna y la fundación de aquel espaciódromo colosal que iba a llamarse definitivamente Luna-Término.

Los problemas jurídicos del espacio y el movimiento humano hacia los dos planetas en los que se había logrado establecer núcleos humanos: Marte y Venus, hicieron precisa la aparición de un organismo mundial capaz de evitar lo que por entonces se llamaban «delitos cósmicos». Gente sin escrúpulos, aventureros de toda laya, vieron aumentado el campo de sus ilícitas actividades, trasladando a otros mundos, recién conquistados, la técnica del crimen, del chantaje, de la coacción...

Pero no sólo se limitaba la SIP a los problemas estelares, aunque en verdad eran éstos los que más atención la requerían. Después de la Convención policíaca Internacional de 1971, se fijaron las normas, de una manera definitiva, autorizando a la SIP para intervenir en todo asunto que tuviese aleara relación, por pequeña que fuese, con el

espacio.

Se concedió el voto de confianza a la organización, de un modo unánime, previendo los abusos y delitos que iban a producirse, no solamente por sujetos poco recomendables procedentes del espacio, sino por la llegada a la Tierra de materiales cósmicos de importancia mundial.

En efecto, el descubrimiento de isótopos en otros planetas, en estado natural y que en la Tierra no se conseguían más que a costa de onerosos experimentos, abrió un campo al delito, dado que dichas sustancias poseían unas características especiales y podían ser utilizadas, dentro de un marco de impunidad hasta entonces no conocida, por hombres sin conciencia.

Por eso, desde el momento en que el gobernador de la región le comunicó lo que la carta del profesor Hembert contenía, haciéndole saber que la «geoperforadora» había caído en manos criminales, Frank se dio cuenta de que aquel asunto iba a caer directamente en manos de la SIP. Y pensando que ya estaba dentro de ella, se apresuró a tomar una decisión para tratar de impedir que la preciosa máquina pasase al campo del delito.

En un vehículo rápido y con un aparato de radio conectado a la longitud de onda de la máquina, giró alrededor del montón de escombros en que había quedado reducido el muro, siguiendo al pesado vehículo que se alejaba ya por una de las avenidas.

El conductor, un joven policía, apretó el acelerador mientras Frank entraba en contacto con la máquina.

—¡Profesor Hembert! ¡Profesor Hembert!

Dentro de la «geoperforadora», el altavoz repitió la llamada del policía, y Karl volvió la cabeza, sin dejar por eso de conducir la máquina por la amplia avenida.

Jimmy frunció el entrecejo.

—¿Por qué le llaman? —inquirió

Era inútil mentir y Hembert deseaba tener la conciencia tranquila

—Les avisé, un poco antes de que ustedes llegasen, de lo que iba a ocurrir

Steson torció el gesto

—¿Y por qué no intervinieron cuando descendimos del helicóptero?

—Porque yo creía que iban ustedes a apoderarse de la máquina, dejándome salir de ella

El otro soltó una carcajada

—¿Cómo es posible que nos crea tan estúpidos, profesor? Desde

mucho antes de decidarnos a obrar de esta manera, sabíamos, por lo que los periódicos habían publicado, que nadie más que usted, por el momento, era capaz de conducir la «geoperforadora».

—Es verdad.

—Por eso, mi querido profesar, jamás pasó por nuestra cabeza el apoderarnos de la máquina «sin usted».

—¿Y si me negase a obedecerles?

—No lo hará. Ya irá conociéndome poco a poco: Jimmy Steson no es tonto, profesor. ¿Por qué cree que hemos traído a su esposa a la máquina? Sabemos que usted desea que no le ocurra nada y nos obedecerá, pase lo que pase, para poder vivir con ella, tranquilamente, cuando nuestro plan haya terminado

Una mueca de desprecio apareció en el rostro de Karl.

—No puedo comprender —dijo— cómo se nacen ustedes la ilusión de poder salir de esta loca aventura. Mientras permanezcan en la máquina, estarán a salvo de todos los peligros; pero, si siempre están aquí, ¿cómo gozarán de lo que roben? El oro se irá acumulando en la «geoperforadora» y de nada les servirá.

—¡Un hermoso discurso, profesor! Pero sin lógica. Ya le dije antes que Jimmy no tenía un solo pelo de tonto; pero basta de charla. Pronto me irá conociendo y estoy seguro de que su opinión, ahora despectiva, cambiará de sentido.

—No lo creo.

—Es igual Sigamos la marcha hacia el Banco. ¿No hay forma de poder ver el exterior sin tener que hacer uso de ese visor?

—Sí. Apaguen las luces: pondré en marcha el televisor general.

Jimmy obedeció, después de que le indicara los interruptores. Momentos después, una amplia pantalla, que ocupaba toda la parte delantera de la cabina, permitió ver la calle, al final de la plaza, por la que la gente se alejaba, y un vehículo ante la máquina, donde, además del conductor, un hombre, con una emisora en la mano, hablaba sin cesar.

—Había olvidado a ese estúpido —dijo Jimmy dirigiéndose a Karl—, ¡Sigamos, profesor!

Éste se había puesto mortalmente pálido.

—¿Cómo? ¿Va a hacerme aplastar a esos dos hombres?

—¡Siga usted! ¡Es una orden! Y no empecemos ya: no quiero verme obligado a maltratar a su esposa por su testarudez.

Karl se mordió los labios.

Estaba dispuesto a seguir las instrucciones de aquellos bandidos,

pero le repugnaba, y haría lo imposible por evitarlo, causar víctimas inocentes; al menos mientras pudiese hacerlo

Al tiempo que ponía la máquina en marcha, metió las dos manos en una especie de guantes adaptables y que, en realidad, eran los manipuladores de dos manos gigantescas que salieron de la proa del aparato.

—¿Qué hace usted? —se inquietó Jimmy, que estaba a su lado.

Pero el profesor no contestó.

Sin disminuir la marcha de la «geoperforadora», que avanzaba implacablemente hacia el vehículo de la policía, las dos manos, cuyos dedos metálicos poseían una longitud de cerca de setenta centímetros y un grueso de quince, se adelantaron a la máquina, agarrando a los dos hombres que había en el coche y que, a pesar de su resistencia, fueron sacados de él, como muñecos que se moviesen desesperadamente en las garras de un monstruo gigantesco.

Alzándolos en el aire, las manos metálicas los dejó en el suelo, con una suavidad exquisita, fuera del camino de la máquina que, instantes después, pasaba sobre el vehículo que antes ocupaban los policías, reduciéndolo a polvo.

— ¡Es usted muy humanitario, profesor! —exclamó Steson, con sorna.

—No olvide —repuso seriamente Karl— que haré lo posible por evitar asociarme a ustedes y, cuanto más, al espíritu criminal que les anima.

—Como usted quiera. Lo importante es que he visto cómo maneja esas manos y ahora comprendo lo que antes quería decirme respecto a que no hay ninguna necesidad de salir del aparato para apoderarse de lo que nos interese en el exterior. ¡Su invento es verdaderamente imponente!

Karl no despegó los labios.

La máquina avanzaba ahora por la avenida, completamente desierta. No se veía ya a nadie y el sabio pensó que la policía, después de tomar conocimiento de su mensaje, había ordenado a los espectadores que se retirasen lo antes posible, de modo a evitar víctimas.

Al final de la avenida Goethe, abocaron a una plaza de nueva construcción. El edificio del Banco estaba justo frente a ellos.

Karl se alegró de que no hubiese nadie por allí y de que la casa, por otra parte, estuviese totalmente dedicada a oficinas, lo que hacía que en aquel día señalado estuviese seguramente vacía.

Sin dudar, impulsó la máquina, que penetró por el muro,

destrozando con su punta cuanto encontraba a su paso. Por un momento, las imágenes, en la gran pantalla frontal, se nublaron, por efecto de la polvareda que la perforadora producía al destruir lo que encontraba a su pase.

Pero, poco después, pudieron darse cuenta de las amplias salas que atravesaban y, para aumentar la visibilidad, Karl encendió los potentes reflectores de la parte superior

No tardaron mucho en encontrarse ante la caja fuerte.

— ¡Cuidado no vaya a destruirla por completo! —exclamó Jimmy, cuyas pupilas brillaban de incontenible codicia.

Karl hizo que la punta de F-88, en el extremo del tallo movable, atacase uno de los extremos de la caja fuerte. Una vez hizo en aquel ángulo un agujero que se comió casi totalmente la arista, repitió con los otros tres extremos.

Luego hizo que las cuatro manos entraran en acción.

Ante las asombradas miradas de los bandidos, las potentes garras metálicas levantaron la tapa, arrancándola como si se tratase de una chapa de cine. En su interior, las barras de oro y los billetes aparecieron cuidadosamente colocados en estantes metálicos.

Las manos trabajaron aprisa.

Momentos después, una vez la caja estuvo vacía, Karl se volvió hacia Steson:

—¿Qué hacemos ahora?

¡Irnos! Ya le dije que debería encontrar un sitio donde estemos tranquilos

—Nada más fácil —repuso el joven sabio.

La máquina avanzó, terminando de atravesar el edificio entero. Karl puso especial cuidado en evitar que la «geoperforadora» destruyese las paredes maestras, de forma a impedir que el edificio se derrumbase. Estaba casi completamente seguro de que no habría nadie, pero no deseaba cometer errores que costasen vidas humanas.

Justo, al salir al otro lado, desembocando directamente en una amplia avenida, vio lo que, desde un principio, había temido.

Media docena de tanques de la policía y un grupo de cañones de pequeño calibre le hacían frente.

— ¡Nos quieren atacar! — exclamó Simber, que no estaba muy seguro de la potencia de la máquina, a pesar de lo que había visto.

—Tendremos que retroceder —dijo el profesor.

Pero la voz de Jimmy sonó como un latigazo:

¡No! ¡Ya es hora de que demostremos a esos imbéciles que

pierden el tiempo miserablemente! ¡Adelante, profesor!

—No puedo ¿Para qué quiere aplastar a esos pobres hombres, si podemos salir por cualquier otro sitio?

La mano derecha del jefe de la banda se posó sobre su hombro.

—Le doy quince segundos, profesor. Si no avanza y demuestra a esos tipos que de nada le servirán sus armas, haré que O'Connor abofetee a la señora hasta dejarla sin conocimiento.

Kart se estremeció.

Se daba cuenta de que no podía jugar con aquellos hombres. Estaban dispuestos a todo y era inútil intentar engañarlos.

Puso en marcha la máquina.

Esperaba, con una ilusión angustiosa, que los hombres se dieran cuenta de la inutilidad de todo aquel aparato bélico. Por eso avanzó lentamente, dejando que los cañones, tanto los que había sobre la acera como los de las torretas de los tanques, disparasen sobre la máquina.

La «geoperforadora» no se movió siquiera.

Los impactos, directos y a cero, apenas si se oían en el interior. El material que el profesor Otto Hembert había traído de Marte demostraba su resistencia extraordinaria.

Steson y los suyos estaban entusiasmados.

¡Adelante, profesor! ¡Más aprisa! ¡Aplaste a esos desdichados! —rugía Jimmy, con los ojos brillantes de triunfo odioso.

Por fortuna se produjo la reacción de pánico que Karl esperaba cuando la máquina estaba a una docena de metros de los primeros blindados.

Se abrieron las escotillas y sus ocupantes huyeron velozmente. Lo mismo hicieron los artilleros.

Sólo entonces aumentó la marcha del aparato.

Desmenuzados por la potencia increíble de la punta del perforador, tanques y cañones saltaron, reducidos a polvo. Aumentando entonces la marcha, el joven salió de la ciudad en un abrir y cerrar de ojos, tomando una carretera que, media hora más tarde, les llevaba junto a unas mesetas cubiertas de pinos.

No esperó instrucciones de los bandidos.

La «geoperforadora» penetró por la montaña como si ésta hubiese sido de cera. Una oscuridad completa envolvió la cabina, y Jimmy, comprendiendo que nada más podrían ver por la pantalla, encendió las luces, mirando a los otros triunfalmente.

¡Somos invencibles! —no pudo por menos de exclamar.

Había sido Frank quien dio la orden de abandonar tanques y camiones cuando comprobó que los proyectiles eran completamente inofensivos contra la máquina

Hasta entonces, y a pesar de tener sus dudas, había confiado en que un disparo tocase por azar alguna parte vital de la máquina, obligándola a detenerse. Si así hubiera ocurrido, no habrían tenido más que esperar que el hambre y la sed venciesen a sus ocupantes, terminando aquella desagradable historia.

Pero tuvo que rendirse a la evidencia y darse cuenta de que la empresa de recuperar la máquina, liberar al profesor y a su esposa y encarcelar a los bandidos, iba a ser algo muchísimo más difícil de lo que había imaginado en un principio.

Lo más terrible de todo era que aquella maldita máquina no ofrecía punto débil alguno, como si hubiese sido especialmente construida para el fin a que la destinaban los desalmados que se habían apoderado de ella.

Porque, después de lo que había visto, cuando la máquina penetró en el Banco, no le cupo la menor duda de lo que habían hecho en su interior. Ni siquiera necesitó que se lo dijese. Por eso, tomando un nuevo vehículo, se dirigió a la Central de Policía de la ciudad, cursando un cablegrama urgente a Washington.

Después dictó las medidas que juzgó necesarias.

Un helicóptero siguió a la máquina por la ancha autopista que ésta había tomado para alejarse de Colonia. Comunicándose constantemente con la Central, el aparato fue informando a Tumbergen de la dirección que seguía la «geoperforadora». Y cuando la vio desaparecer, al penetrar en lo hondo de la tierra, perforando limpiamente una colina, se le hizo saber a Frank, que ordenó que aquella zona fuese estrechamente vigilada.

—Deben salir, en cualquier momento —dijo a sus colaboradores—, para abastecerse de comida y bebida. La máquina, que yo sepa, no llevaba ninguna provisión en su interior. Comprenderán ustedes que hemos de aprovechar ese momento para detener, por lo menos, al que se atreva a abandonar el vehículo.

Una espesa red de policías, incrementada por los refuerzos que habían enviado las ciudades vecinas, rodeó por completo la zona montañosa. Pero durante toda la noche no ocurrió nada, instaurándose, a partir del alba, un servicio de vigilancia con helicópteros, que recorría la región para avisar en cuanto la perforadora surgiese a la superficie por algún punto de la zona vigilada.

Personalmente, Frank voló casi durante todo el día en uno de aquellos aparatos, estudiando la situación de la cadena montañosa y preguntándose hacia qué lugar se dirigirían los bandidos para abastecerse de lo que iban necesitando cada vez de una manera más imperiosa.

Se devanaba los sesos, imaginando trampas y cepos que la realidad le hacía desechar momentos después. Hubiese deseado hacer algo positivo, demostrar al menos que estaba dispuesto a luchar como fuese.

Pero, poco a poco, a medida que su entusiasmo se iba enfriando, al considerar las cosas desde un punto más real, se vio abocar a una conclusión verdaderamente desesperanzados.

La máquina había sido construida para resistir todos los embates y sólo una bomba atómica hubiera podido dar cuenta de ella; pero ¿cómo emplear tal método, aun en el caso que la Convención Mundial de Energía Atómica lo autorizase?

Dentro de la máquina, además de una indefensa mujer, se encontraba una de las mentes más privilegiadas del orbe: un hombre que había conseguido algo maravilloso y cuya aplicación, de momento limitada a las minas, podía extenderse a campos todavía ignorados.

Cuando regresó a la ciudad era ya casi de noche.

Se encontraba cansado, vencido; todo su entusiasmo de las primeras horas de la mañana le había abandonado, dejando paso a una especie de depresión enfermiza que le desesperaba.

Se consideraba muy poco, un átomo frente a algo colosal que iba a dar muchos disgustos al mundo. Desdichadamente, las cosas habían pasado de una manera demasiado rápida para poder haber intervenido a tiempo.

Era como una pesadilla, como algo imposible y que parecía haber sido hecho por un destino caprichoso y maligno.

Al llegar a la Central, después de aterrizar en una terraza anexa, le esperaba una sorpresa; en efecto, cuando abrió la puerta del despacho, encontró a un hombre cómodamente arrellanado en uno de los sillones y que le sonrió al verle aparecer en la puerta.

—Buenas noches, amigo Tumbergen. Soy Donald Callowan.

Era increíble.

Pero allí estaba, en carne y hueso, el jefe de la SIP, el hombre que dirigía la organización policíaca más famosa de todos los tiempos.

CAPÍTULO V



L detenerse la máquina, el profesor desconectó el motor, que se detuvo inmediatamente; luego, volviéndose a Steson, dijo;

—Creo que dormiré tranquilo en un lugar como éste.

—¿Dónde estamos?

—A trescientos doce metros de profundidad, debajo de una colina.

—¿No podrán seguirnos?

—¿Qué quiere usted decir?

—Que hemos debido dejar un hermoso túnel detrás de nosotros,

—No tema. La tierra ha vuelto a derrumbarse detrás de la «geoperforadora»: nadie puede seguirnos.

—¿y si le hubiese interesado dejar un túnel?

—No hubiera podido hacerlo; es decir, para realizar excavaciones que puedan ser utilizadas, la máquina ha de trabajar muy lentamente y ser seguida por un equipo de especialistas: entibadores, montadores, etcétera.

—Comprendo. Perdona todas estas preguntas, pero quiero llegar a conocer lo mejor posible las posibilidades de nuestra máquina.

El joven no pudo evitar un esbozo de sonrisa al percatarse del cinismo de aquel granuja; pero, cambiando de conversación, aventuró;

—Espero que ahora podré reunirme con mi esposa.

—¡Naturalmente, profesor! Pero antes, por favor, deseo preguntarle algo.

—Bien.

—¿Dónde hay algo para comer? Hemos pasado un día bastante agitado y he de confesar que mí estómago empieza a reclamar algo sólido.

—No hay nada en la máquina.

—¿Eh? ¿Quiere decir que este aparato no lleva un depósito de víveres?

—Puede llevarlo, pero en esta ocasión no había necesidad alguna. No olvide que nos íbamos a limitar a hacer unas pruebas sencillas y cortas antes de llevarlo a la región minera.

—¡Eso sí que es bueno! —exclamó el irlandés—. Me comería un buey entero.

—No hables de comer —gruñó Bat.

Jimmy frunció el entrecejo,

—Es verdaderamente desagradable, Pero no habrá más remedio que buscar comida.

—¿Ahora?

—No. Prefiero que salgamos en pleno día. Todavía no sé si podemos movernos libremente por la noche. Mañana, al amanecer, saldremos hacia la primera ciudad; luego iremos a Berlín.

—¿A Berlín? —inquirió el sabio, extrañado.

—Sí. Hemos de aprovechar el tiempo de la mejor manera posible. Lo que hemos hecho en Colonia no ha sido, en realidad, más que un pequeño ensayo. Desde ahora —se volvió hacia sus cómplices— no nos apoderaremos más que del oro. Despreciaremos los billetes, ya que pueden anotar las series y cazarnos después estúpidamente.

—¿Cuándo tendrán bastante?

La pregunta inesperada y pronunciada con voz dura de Karl, hizo que el jefe de la banda se volviese hacia él.

—Eso es asunto nuestro, profesor.

—Todo tiene un límite —repuso éste—. Ya les dije antes que no comprendo esta locura: nunca lograrán escapar. En cuanto abandonen la máquina, la policía se les echará encima.

Jimmy sonrió.

—Más tarde, profesor, más tarde. No es tiempo aún de que conozca nuestros proyectos. Pero, no obstante, puedo asegurarle que Jimmy y sus amigos no caerán en manos de ningún policía del mundo. ¿Eh, muchachos?

Los otros dos asintieron, acompañando su gesto con una sonrisa.

—¿Puedo ir ahora con mi esposa?

Sí, pero antes voy a convencerme de dos cosas.

—¿De cuáles?

—Primero de que no existe ninguna salida en esa estancia; luego de que la puerta no se cierre por dentro.

—Ninguna de las puertas de la máquina se cierra. Y no hay más salida ni entrada que ésta.

—Voy a comprobarlo.

Lo hizo, dejando después al profesor junto a Hilma.

Cuando Jimmy salió de la estancia, los dos esposos se abrazaron y él sintió que las lágrimas de su mujer humedecían su rostro.

¡Querido!

—No te preocupes, pequeña; todo se arreglará.

¡Pobrecito mío! ¿Cómo ha podido caer sobre nosotros esta desgracia?

—Fuimos muy poco precavidos, Hilma. Ni mi padre ni yo nos dimos cuenta de la importancia que para ciertas gentes podía tener el descubrimiento de las nuevas aleaciones y la creación de la «geoperforadora». Ha tenido que ocurrir esto para que me diese cuenta, estúpido de mí, demasiado tarde, de que he creado algo que parece haber sido expresamente hecho para lo que estos bandidos lo utilizan.

—¡No digas eso, por favor!

—Perdona, Hilma; estoy desesperado. Hasta ahora, por milagro, he podido evitar desgracias; pero ¿hasta cuándo podré seguir lográndolo? Esta misma mañana, cuando salimos del edificio del Banco, Jimmy quería que aplastase a aquellos desdichados policías que intentaban detenernos.

—¡Es horrible!

—Lo que más temo, querida, es que Steson aprenda a manejar la máquina.

—¡Pero eso no es posible, Karl! Sería espantoso. Además siempre has dicho que su manejo es difícil.

—Y así es..., en cierto modo.

—¿Qué quieres decir?

—Que utilizándola en las labores para la que ha sido concebida, la «geoperforadora» es una máquina delicada y complicada, al mismo tiempo. Pero si se trata de penetrar en edificios bancarios, atropellando cuanto se encuentre a su paso y corriendo después a hundirse bajo tierra, su manejo resulta sencillo. Y Steson puede conseguirlo.

—No se lo enseñarás, ¿verdad?

—Ése es mi deseo, pero Jimmy posee un arma terrible: tú.

—¿Qué intentas decir?

—Que ya me ha amenazado con hacerte daño si no sigo sus instrucciones al pie de la letra.

—Comprendo; pero, de todos modos, amor mío, si consiguiese

dirigir la máquina, ¿para qué le serviríamos? Sin tener necesidad de ti, acabarían con nosotros sin el menor escrúpulo.

—No, Hilma; no lo haría.

—¿Por qué?

—Porque me necesita; aunque no fuese más que como rehén, conviene a sus propósitos el que permanezcamos a su lado. Por otra parte, la máquina puede plantearle problemas que, aunque conozca lo más elemental de ella, podrían colocarle en una situación delicada.

—Espero que tengas razón,

—¿Tienes miedo?

—A tu lado, no. Más pasé cuando nos sacaron de casa.

Karl se pasó la mano por los cabellos

—Soy el peor de los egoístas. He olvidado todo lo que sufriste y ni siquiera te he preguntado por mamá y Erika.

—Es natural, querido. Apenas si acabamos de vernos.

—¿Dónde están?

—En un rancho de Texas,

—¿Recuerdas el sitio?

—Sí. Cuando me sacaron de allí, pasamos cerca de San Antonio — Sonrió—. Es una ciudad que no podía haber olvidado, ya que la visitamos en nuestra luna de miel. ¿Recuerdas?

—Sí.

—El rancho de ese hombre, un tal Stone, está situado al norte, a unas doscientas millas. Visto desde el aire, como yo lo vi, puesto que salimos de él en avión, tiene forma de «L», con una piscina en el brazo más largo.

—Todo eso es interesantísimo, querida. ¿Os trataron bien?

—Sí, pero con cierta rudeza. Stone no tuvo más que sonrisas hipócritas para tu hermana.

— ¡Canalla!

—Es un hombre sórdido, de rostro bestial y ojos de mirada desagradable y sucia. Nos encerraron en una habitación donde ya habían dispuesto tres camas.

—¿Había alguien además de ese Stone?

—Criados mexicanos y muchachas mexicanas. Nos dimos cuenta, en seguida, de que aquella gente no sabía nada de las actividades de su amo.

—Comprendo.

—Yo estuve con ellas unos días; luego, llegó Jimmy y me dijo que

todo se había arreglado y que iba a volver a tu lado. Me dijo que te habías portado muy bien con él y que en vista de eso y encontrándote un poco enfermo me llevaba a Europa, donde tú ya habías llegado. En cuanto a mamá y Erika, que naturalmente querían venir conmigo; les dijo que no era posible y que aquella misma noche saldrían para casa.

— ¡Maldito embustero!

—A pesar de todo el mal que nos ha hecho, no puedo por menos que agradecerle que me haya traído a tu lado.

Karl la besó con ternura,

—Estoy pensando —dijo— en la suerte que tendríamos si pudiésemos utilizar los preciosos datos que me acabas de dar.

—¿Te refieres al rancho de Stone?

—Sí. Si pudiésemos hacer llegar esos detalles a la policía, la SIP se ocuparía inmediatamente de salvar a mamá y a Erika.

—¿Cómo podemos hacerlo, querido?

—No lo sé... Creo que me dejo llevar por vanas e inútiles ilusiones, Hilma. Utilizar la radio, sin que ellos se den cuenta, es absolutamente imposible. Ninguno de los tres es tonto y por algo nos han confinado aquí, adueñándose de la cabina de mandos. Saben que en esta estancia no hay más que literas y que no existe abertura alguna que comunique con el exterior.

Hilma bostezó, muy a pesar suyo.

—¿Tienes sueño, querida?

Ella sonrió.

—Un poco, Karl; aunque, en realidad, lo que tengo es un tremendo apetito. No he probado bocado desde ayer noche.

—Igual que yo. Tendremos que tener un poco de paciencia. Steson quiere aprovisionarnos cuando llegue el día. Seguro que me ordenará arremeter contra algún almacén, en la primera ciudad que encontremos.

¡Ojalá no haya derramamientos de sangre! Sería horroroso.

—Por suerte, soy yo quien maneja las manos metálicas; no haré mal uso de ellas, no te preocupes.

—Ya lo sé, querido.

Hubo un silencio y, de repente, Karl la cogió fuertemente por los hombros.

—¿Te das cuenta de lo que acabo de decir, Hilma?

—No, cariño...

Exclamó:

¡Las manos! ¡Las manos metálicas! Soy yo quien habrá de manejarlas para apoderarme de las provisiones e impedir que la máquina aplaste a alguien.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que tenemos un maravilloso triunfo al alcance de nuestras manos. Voy a escribir todo lo que me has dicho sobre ese rancho de Texas y haré lo imposible porque llegue a manos de la policía. También quiero decirles algunas cosas más.

—Ten mucho cuidado, Karl. Si uno de esos hombres se diese cuenta de lo que intentas, te haría daño.

—Tengo algunas ideas en la cabeza. ¿Y si nos acostásemos? Cuanto mejor descansemos, más dispuestos nos encontraremos mañana.

—¿No querías escribir esa nota?

—Sí, pero lo haré acostado, en una de las literas superiores. Así, si alguien entra de improviso, tendré tiempo de esconder la pluma y el papel antes de que se den cuenta de lo que hago.

* * *

La sorpresa de Frank no era fingida. Había teleografiado ciertamente a la Central de la SIP, pero no esperaba que fuese el propio Callowan en persona quien viniese, a tal velocidad, a Colonia.

Los dos hombres se estrecharon la mano y Tumbergen tomó asiento frente al otro.

—El asunto es serio, ¿verdad? —inquirió Callowan, con una sonrisa forzada.

—Sí, señor. No creí que las cosas iban a tomar este cariz.

—Creo que todos hemos cometido la imprudencia de no interesarnos lo bastante por la máquina del profesor Hembert. Debimos tener en cuenta ciertas posibilidades.

Frank estaba maravillado de la manera en que Callowan se expresaba, en alemán, con una soltura extraordinaria.

—Claro —prosiguió Donald— que no podíamos imaginarnos que alguien se interesase por la «geoperforadora» cuando, en realidad, no veíamos en ese aparato más que una utilidad en el campo de la minería.

—¿No podemos hacer nada, señor?

—De momento, no. Durante el viaje, aunque ha ido muy corto, he estado buscando la manera de neutralizar la acción de esos bandidos, pero he tenido que llegar a la conclusión forzosa de que no hay nada

que hacer. Evidentemente, si el profesor y su esposa no estuviesen dentro y los planos no hubieran desaparecido, podríamos intentar destruir la máquina de una forma u otra, jugándonos el todo por el todo. Pero antes de salir de Washington se me ha dicho, de una manera clara, que no se debe destrozar la «geoperforadora» en ningún caso, ya que si el profesor muriese al hacerlo, no podríamos repetir la fabricación.

—¡Vaya problema!

—De momento, todo lo que se me ocurre es la adopción de ciertas medidas preventivas.

—Yo ya he tomado algunas.

—Sí, ya lo sé. Uno de sus colaboradores me ha puesto al tanto de todo. Pero no es eso: hay que evitar que la máquina provoque víctimas. Vigilando sus movimientos, podemos evitar que la gente se encuentre a su paso. Ordenaremos que el público se retire de las zonas por donde ella pase.

Frank enarcó las cejas.

—¿Pero es que vamos a dejar que roben cuanto quieran?

—¿Y qué podemos hacer para evitarlo, amigo mío? Verdad es que podríamos retirar el oro de todas las cajas fuertes de los Bancos del país, pero no ganaríamos nada.

—¿Usted cree?

—Estoy completamente seguro: esos hombres, al ver que no hay nada de que apoderarse en Alemania, se irían a Francia, a Italia o cualquier otro país de Europa.

—Tiene usted razón. Pero yo he pensado que tendrán que salir a por víveres.

Donald meditó;

—No sé cómo lo harán. Desconozco la máquina, pero por lo que he sabido desde que he llegado aquí, parece ser que la «geoperforadora» posee unas manos metálicas...

—Sí. El profesor las empleó para salvarnos, a un compañero y a mí, en el momento en que la máquina iba a aplastar el vehículo donde nos encontrábamos.

—Esas manos servirán para apoderarse de cuanto necesiten, alimentos u oro.

—Es verdad.

—Por el momento, como le he dicho antes, no tenemos más remedio que esperar. Ésa suele ser siempre mi táctica: esperar. Tarde o temprano sucede algo que nos da la posibilidad de intervenir. En todos los casos que he tenido que resolver ha ocurrido, generalmente,

lo mismo. Piense que los delincuentes de nuestra época no son, ni muchísimo menos, como los de otros tiempos pasados. Antes obraban con audacia, pero sin las seguridades que los descubrimientos científicos les proporcionan ahora. El caso actual es una patente demostración de que no me equivoco.

—Lo que no acierto a explicarme —dijo el germano— es cómo van a aprovecharse del oro que robarán. En cuanto abandonen la máquina, no estarán en libertad ni una hora.

—También he pensado en eso, amigo mío. Es otra de las incógnitas que sólo el tiempo podrá desairar. Esa gente tiene sus planes, no lo dude. Y cuando se ha arriesgado a ponerlos en práctica es que cuentan con una manera segura de evadirse. Si no, no hubieran hecho nada.

—No puedo acertar en lo que piensan hacer cuando abandonen la «geoperforadora».

—Yo tampoco, Tumbergen. Quizá podamos saberlo algún día; pero, de todos modos, lo importante para nosotros es evitar en lo posible que sigan haciendo de las suyas.

—Me da rabia tener que dejar sueltos a esos bandidos.

—¿Cree que me alegra a mí?

—Lo comprendo, señor.

Donald sonrió.

—Por ahora —dijo—,son ellos los que juegan libremente, riéndose de nosotros a cada momento. Deben estar divertidos esos granujas. Por primera vez en la historia de la Spacial International Police, tengo que dejar que unos bandidos operen tranquilamente, ante mis propias narices, robando cuanto quieran sin poder intervenir. Pero no olvide ese viejo refrán, Frank: quien ríe el último, ríe mejor...

CAPÍTULO VI



UY temprano se despertó Karl.

Hilma se había levantado ya y le miraba, sentada en un butacón vecino. Cuando se dio cuenta de que él se había despertado y abierto los ojos, mirándola, su ceño fruncido se alisó y una sonrisa entreabrió ligeramente sus labios.

—Buenos días, Karl.

—Buenos días, querida.

Saltó ágilmente de la litera y se vistió la ropa que se había quitado la noche anterior para dormir con cierta libertad; luego, después de encender un cigarro, dijo:

—Espero que tengamos suerte hoy.

Ella comprendía perfectamente el sentido de las palabras de su esposo y la sonrisa se acentuó un poco más en su rostro, un tanto pálido, no obstante.

—Dios quiera que así sea, amor mío.

—Tú no puedes imaginarte la importancia que puede tener el que logremos hoy un pequeño éxito. Tengo muchísimas ideas a las que he estado dando vueltas durante toda la noche. Si pudiésemos, la solución de esta situación horrible estaría en nuestras manos.

—¿Es posible?

—Sí, pero todo depende de lo de hoy.

—Ten mucho cuidado, Karl; no me cansaré de repetírtelo.

Iba él a contestar cuando la puerta se abrió, apareciendo Jimmy en el umbral.

La misma cínica sonrisa de siempre ponía una nota desagradable y repelente en su perfil aguileño.

—¿Han descansado bien, amigos míos?

—Sí —repuso el sabio.

—¡Cuánto me alegro! Nosotros hemos descansado bien, aunque nos acostamos bastante tarde. Ya comprenderá usted que teníamos

curiosidad por conocer el interior de su maravillosa máquina. ¡Es estupenda! La hemos recorrido de cabo a rabo y nos hemos dado cuenta de que es algo único.

Karl no dijo nada.

—También hemos estado en la cámara donde las manos dejaron el oro y los billetes. ¡Buen bocado, profesor!

—No me interesa.

—Ya lo sé: usted es un hombre de ciencia, pero nosotros somos prácticos, realistas. No puede usted imaginarse la satisfacción que se experimenta al poder acariciar todo ese tesoro. ¡Y pensar que no es más que un pequeño ensayo!

Como el profesor no dijese nada, limitándose a expresar con la mirada el desprecio que le causaban las palabras del otro, Jimmy, se puso serio.

—Hay que poner en marcha la máquina, profesor. Hemos de buscar comida. Todos nosotros tenemos hambre y sed.

—Muy bien.

Salió, después de dirigir un gesto amistoso a Hilma, que se lo devolvió con ternura. Él se percató de que había una luz suplicante en sus ojos y comprendió que ella le recordaba que fuese prudente.

Los otros dos estaban en la cabina.

—¿Vamos a ir por comida? —inquirió el irlandés, sonriendo.

—Sí. El profesor va a llevarnos a la primera ciudad que encontremos. No os preocupéis: cargaremos bien.

Karl conectó el aparato y el rumor del motor llegó hasta él como una cosa familiar que le hizo sonreír. Momentos después, la «geoperforadora» se ponía en marcha y su extremo de F-88 se abría paso rápidamente hacia la superficie.

Obteniendo el ángulo conveniente, el joven sabio encendió las dos pantallas laterales de radar.

—¿Qué es eso? —inquirió Jimmy que, como de costumbre, se había colocado a su lado.

—Radar.

—¿Para qué nos sirve?

—Para saber qué es lo que encontraremos al salir. En realidad, aunque este aparato tiene características semejantes al radar, no es lo mismo. Podríamos decir que más que radar es un dispositivo de rayos X, de una clase especial que actúa para comunicar las densidades de las capas que vamos atravesando.

—¡Todo eso es muy complicado! —gruñó Jimmy, encogiéndose

de hombros.

Era precisamente lo que deseaba Karl, que aquel asunto del aparato no les interesase. Porque utilizaba aquel emisor-receptor para evitar que al salir se precipitasen, en el Interior de una ciudad o una casa, destrozando todo cuanto encontrasen a su paso.

Rasado en el principio de la densidad de los cuerpos, el aparato analizaba automáticamente los conglomerados que estaban ante la máquina. De aquella manera, Karl podía estar seguro de no tropezar con ninguna construcción humana, habitada o no.

Tardaron menos de cinco minutos en salir del interior de la tierra. Y cuando las pantallas se ennegrecieron, demostrando que se hallaban en la superficie, Karl las apagó, encendiendo la pantalla de televisión frontal que le mostró un paisaje de bosque.

Eligió un camino lo bastante ancho para que la máquina no tuviese que destrozarse demasiados árboles; luego, cuando encontró una carretera, se volvió a Jimmy.

—¿Hacia dónde vamos?

—Un momento. Voy a consultar el mapa.

Discutió un poco con los otros, haciendo algunas preguntas al profesor, ya que éste era el único capaz de fijar las direcciones y la orientación. Después concretó:

—Ésta es la pista que lleva hacia Dortmund. Después de detenernos allí, para llenar la despensa, seguiremos hacia Hannover, pasaremos por Brademburgo y llegaremos directamente a Berlín.

—Como quieran.

—Bien, ¿A qué distancia debemos estar de Dortmund?

Karl hizo un rápido cálculo.

—A unos ochenta kilómetros.

— ¡Pues en marcha! Ya tengo ganas de llenar la barriga.

Los otros dos rieron.

Poco después, mientras la máquina avanzaba por la carretera, una pareja de helicópteros aparecieron en el cielo, ante ellos.

Jimmy frunció el entrecejo.

—¿No puede encender esta pantalla del techo, profesor?

—Sí.

—Hágalo.

Karl oprimió un botón y casi la totalidad del techo de la cabina se convirtió en una colosal pantalla que les permitió ver el azul del cielo y, poco después, los helicópteros que volaban a baja altura y que siguieron a la máquina.

—¡Nos vigilan! —gruñó O'Connor.

—Es natural —repuso Steson, sonriendo—, pero no os preocupéis, muchachos: no pueden hacer nada.

—De todos modos —instó el irlandés—, esos pajarracos me ponen nervioso.

—Pues tendrás que aguantar tus nervios —repuso Jimmy, con vez áspera—. No pienso apagar esa pantalla. Me gusta ver el cielo.

Y soltó una carcajada.

Entre tanto, Karl conducía la máquina con toda seguridad. Ya se extrañó, al atravesar un pueblo, de no encontrar a nadie en las calles. Puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas y no había vehículo alguno que circulase por allí.

También Jimmy se dio cuenta de aquello.

—¿Se ha fijado, profesor?

—¿En qué?

— ¡No se haga el tonto! Ha visto, como yo, que todos los lugares por los que pasamos están desiertos. ¿No comprende por qué?

—No.

—Es posible que le guste que le regalen los oídos, Pero yo he comprendido en seguida lo que ocurre: esos tipos de los helicópteros deben estar comunicando por radio el camino que seguimos y obligarán a la gente a que se aleje. ¡Nos tienen miedo, profesor!

—Es posible.

Volvió a reír Steson escandalosamente.

—¿No es formidable, muchachos? ¡Somos el temor de todos! Jamás se había visto cosa igual.

O'Connor frunció el entrecejo.

—¿Y si nos estuviesen preparándonos una trampa, Jimmy?

—¡No seas idiota! Nada puede destruir esta máquina. ¿No es cierto, profesor?

Karl sonrió. Y sin volverse repuso:

—Creo que exagera el poder de la «geoperforadora». Si yo tuviese que destruirla, lo haría en unos segundos.

—¿Cómo?

—Con una simple bomba atómica.

¡No me haga reír!

—Yo no veo la gracia —intervino Bat, un tanto pálido.

—¿Vas a decirme que tienes miedo? ¿No te das cuenta de que lo que quiere el profesor es meternos miedo?

—No estoy tan seguro.

— ¡Bobadas! Claro que nos tirarían una bomba atómica, pero lo harían si la preciosa persona del profesor no estuviese a nuestro lado. No temáis nada. El profesor vale demasiado para que se expongan a una tontería. Además, no hay que olvidar que tengo los planos de la máquina y que los gobiernos del mundo no desean que esta maravilla desaparezca definitivamente... ¿Me equivoco, profesor?

—Desdichadamente, no.

— ¡Ya lo veis, muchachos! —exclamó, triunfalmente, el jefe.

No tardaron en ver, al frente, la masa grisácea de Dortmund, con la aguja de su gótica iglesia que parecía apuntar hacia el cielo sin nubes.

—¡La comida se acerca, muchachos!

O'Connor frunció el ceño,

—¡Ya era hora!

Como en ocasiones anteriores, las calles de aquella importante ciudad estaban completamente desiertas, aunque vieron, por una de las transversales, algunos vehículos que se alejaban del camino que ellos seguían.

Era evidente que, a pesar de haber recibido las instrucciones de los pilotos de los helicópteros, la evacuación parcial de una ciudad como aquella ofrecía muchísimas más dificultades que la de los otros pequeños núcleos que habían atravesado.

¡Allí! —exclamó O'Connor, señalando la fachada de un almacén de alimentación—. ¡Déjame bajar a mí, Jimmy!

—¿Estás loco? ¡Parece mentira que tengas tan poco seso!

—¿Por qué? ¡Tengo un ansia loca de coger comida para un año!

—La tendrás, estúpido. ¿No te das cuenta de que lo que desean nuestros enemigos es que salgamos de la máquina? Seguro que hay alguien apostado en cuantos lugares pasamos, esperando precisamente que cometamos un error. Si uno de nosotros saliera, quedaría tumbado de un balazo y así podrían ir acabando con nosotros. ¿Para qué tenemos las manos metálicas?

Se volvió hacia el profesor:

— ¡Adelante! Penetre en ese almacén.

Karl obedeció y la máquina, sin necesidad de poner en marcha, el perforador, destrozó la entrada del almacén, penetrando parcialmente en el interior.

No había nadie.

Había llegado el momento de obrar y el sabio sintió que una rara

emoción se apoderaba de él.

Tenía que mostrarse hábil y cauto al mismo tiempo.

Una vez en el interior del almacén, que estaba parcialmente a oscuras, el joven encendió los reflectores y los bandidos empezaron a lanzar gritos de entusiasmo.

—¡Fijaos!

—¡Hay de todo!

—¡Conservas! ¡Salchichas! ¡Jamones!

—¡Y allí, a la derecha! Botellas de todas clases y marcas.

Jimmy tocó el hombro del profesor.

—¡Empiece, amiguito! Y no tenga prisa, tenemos que llenar bien la bodega, como diría un viejo lobo de mar.

Karl, mientras su frente empezaba a perlarse de sudor helado, manejó los mecanismos de las manos metálicas, pero lo hizo a la inversa. Y, naturalmente, no se produjo nada.

—¿Qué pasa? —inquirió Jimmy, al ver que las manos no salían.

—No funciona el aparato —repuso Karl, con un hilo de voz,

Steson frunció el entrecejo.

—¿Con qué esas tenemos, eh? Ya esperaba yo algo así de usted. Pero está equivocado si cree que va a engañarnos. ¿No recuerda que su encantadora esposa está ahí al lado? No olvide tampoco que O'Connor no es un hombre delicado con las señoras y que ahora, con el hambre que tiene, podría mostrarse demasiado brutal.

Hembert se estremeció.

¡Pera no podía ceder en aquellos momentos!

Si se dejaba intimidar, los resultados serían desastrosos, ya que los bandidos no lo creerían nunca más, además de perder una oportunidad que muy bien podría ser la última.

Se volvió hacia Steson y mirándole fijamente, sin pestañear, dijo:

—No intento engañarle. Cuando le he dicho que las manos no funcionan, es que es cierto. Además, ¿quién les dio permiso para andar por el piso de abajo, metiendo las narices donde no les importaba? ¡Seguro que tocaron todo!

Jimmy no dijo nada.

—Hay algo que debo aclarar de una vez para siempre —siguió diciendo el profesor, enardecida por el triunfo que iba logrando—: saben que les detesto, que les odio y que si estuviese yo solo en el interior de esta máquina y mi esposa estuviera a salvo, sería capaz de quitarme la vida con tal de saber que iban a acabar todos ustedes en la cámara electrónica; pero, por desgracia, Hilma está aquí y debo

obedecerles. De todos modos, si no me creen, pueden hacer lo que quieran. ¡Ya puede empezar usted, O'Connor, a salir fuera y coger lo que desee! Es muy posible que su jefe no se equivoque y que le llenen la cabeza de plomo antes de que toque una de esas latas.

Jimmy tragó saliva y asintió, con un gesto breve de cabeza.

—Está bien, profesor: le creo. Pero, de todos modos, tenga muchísimo cuidado. No crea que puede engañarnos así como así. A la primera sospecha, haré que me pida perdón de rodillas... ¡Lo juro!

Y como el profesor no dijese nada, continuó:

—Puede ir a arreglar lo que sea. Y para que vea que no queremos vigilarle, va a bajar solo. Sabemos que nadie puede salir por allí. ¡Dese prisa y no olvide que tenemos hambre!

Mientras descendía a las cámaras inferiores, Karl no daba crédito a cuanto estaba sucediendo. Había logrado un triunfo rotundo y esperaba que el ascendente que acababa de lograr sobre los bandidos pudiese servirle de mucho.

Sonrió.

No le costó nada colocar en una de las manos los papeles que había escrito la noche anterior. Momentos después, volvía a la cabina.

—Ya está —dijo—. Alguien de ustedes debió pisar unos de los cables.

—¡Ya te dije que mirases dónde ponías las patas! —gruñó Jimmy, dirigiéndose al irlandés.

El profesor tomó asiento e hizo que dos de las manos saliesen, dirigiéndolas hacia las vituallas. Los gigantescos dedos, colocados en forma de cesta, contenían, cada vez, una cantidad enorme de cosas.

—¡Es estupendo! —exclamó Simber.

—No se olvide de las bebidas, profesor.

Karl, mordiéndose los labios, se dijo que había llegado el momento de actuar. Si al salir la mano del papel, los bandidos lo veían, le obligarían a volver a encogerla y se enterarían de todo.

Con el codo, como si cometiese una torpeza, pulsó la palanca de la televisión y la cámara se tornó opaca.

—¿Qué diablos ocurre ahora?

—Debe ser un contacto —repuso el sabio, manejando la mano del papel y haciendo que retrocediese lo más posible para dejar el papel en un lugar que no fuese visible a los bandidos. Había examinado el almacén detalladamente y eligió el cajón de una máquina registradora, que dejó medio abierta, de forma a que descubriesen la nota cuanto antes.

Con el codo volvió a encender la pantalla,

—Deben tener mucho cuidado —dijo, con voz áspera—. Tendré que repasar todos los contactos.

—No se preocupe, profesor —repuso Jimmy, ya más tranquilo—. No volveremos a tocar nada.

Al encenderse la pantalla, Karl miró angustiosamente hacia la caja registradora. Había obrado a tientas y temía no haber colocado el papel en el lugar donde deseaba,

¡Allí estaba!

Se veía un poco, pero los bandidos no iban a hacer caso a aquel detalle insignificante. A menos que la ambición de Jimmy le llevase a registrar la caja para llevarse el dinero.

Pero no ocurrió así y cuando la parte inferior, el almacén, estuvo abarrotado de todo cuanto los bandidos le ordenaron coger, Karl hizo retroceder a la máquina, sacándola, con un suspiro de satisfacción, de la tienda.

—¿Dónde vamos ahora? —inquirió, sonriendo.

—Parece de buen humor, profesor.

—Yo también tengo un estómago... tan vacío como el de ustedes.

—¡Eso es hablar como los propios ángeles, profesor! Salgamos de la ciudad y nos detendremos en cualquier parte.

—¿Bajo tierra?

—No, no es necesario, profesor. Ya me estoy convenciendo de lo que es su máquina; es decir, nuestra máquina. Nos pararemos en el campo y Bat preparará una succulenta comida para todos. ¡Hay que celebrar nuestros triunfos, profesor! ¡Alegre esa cara, hombre!

Karl logró sonreír.

Pero si Steson hubiese sabido lo que motivaba aquella sonrisa, se hubiera sentido mucho menos tranquilo y confiado.

CAPÍTULO VII



ESPUES de haber terminado la lectura del informe que Karl había dejado en el almacén de comestibles de Dortmund y en el que se daban todos los detalles de la situación del rancho donde su madre y su hermana seguían prisioneras, Callowan levantó la mirada del escrito, clavándola en Frank.

—Ya le decía a usted, amigo mío, que la ciencia de una buena policía, cuando no puede hacer otra cosa, es esperar. Pero aquí hay algo más. Escuche: «Nos dirigimos a Berlín, donde intentan asaltar el Banco Nacional, obrando de la misma manera que hicieron en Colonia. No conozco sus planes ulteriores, pero creo que, de la misma manera que les he dejado este mensaje, podré enviarles otros, informándoles de los propósitos de nuestros raptos».

»Estoy seguro de que liberarán a las dos mujeres lo antes posible. En cuanto lo logren, pueden hacérmelo saber por medio de los helicópteros que nos vigilan. Si uno de ellos lanza una humareda rojiza, eso querrá decir que mi madre y mi hermana han sido liberadas.

»Por otra parte y no viendo mejor solución para acabar con esta situación que la que les propongo, les iré dejando las notas de fabricación de la máquina, así como las fórmulas y planos que me robó Steson. Mi memoria las repetirá correctamente y esta vez se las escribiré sin clave. El grupo de ingenieros, al mando del profesor Johnson, de Washington, que ha trabajado conmigo, podría conseguir, en un par de semanas, el montaje de otra «geoperforadora». Es la única manera, a mi modo de ver, de poder atacar a la que llevamos nosotros, ya que la punta de F-88 es capaz de perforar el blindaje de la máquina. La embestida deberá darse debajo del pliegue acerado, atacando la parte más noble del vehículo, el motor. La menor avería en el dispositivo de distribución de energía atómica pararía la máquina y los bandidos se verían obligados a entregarse, ya que podrían ser atacados, por medio de gases lacrimógenos, por la brecha practicada en la coraza.

Donald volvió a levantar la vista.

—¿Qué le parece? —inquirió.

— ¡Magnífico!

Callowan sonrió.

—Ese profesor es un hombre valiente, de eso no hay la menor duda. Sabe muy bien que la reacción de esos «gangsters», si perforábamos la máquina, podría ser terrible, ya que, considerándose irremisiblemente perdidos, podrían atacar contra, la vida de unos rehenes que ya no les serían de utilidad alguna.

—¿No cree que podría intentarse alguna otra cosa?

—Lo dudo. Hembert tiene razón: sólo otra «geoperforadora» podría acabar con esta estúpida pesadilla. Yo había elaborado un plan, pero me veo obligado a abandonarlo.

—¿De qué se trataba?

—De vaciar todas las cajas fuertes de las ciudades que esos granujas visitasen. Así, desesperándolos poco a poco, llegaríamos a empujarlos a que cometiesen cualquier tontería.

—Es un plan excelente.

—Pero ya no es útil. Eso no quiere decir que no vamos a ordenar, inmediatamente, que vacíen parcialmente la caja del Banco de Berlín. Se me acaba de ocurrir una idea.

—¿Puedo saberla?

—¿Por qué no? Tenemos que facilitar la tarea al profesor y no hay otra manera más práctica que la de aumentar las visitas a los Bancos de esos bandidos. Cuantas más visitas, más posibilidades para que el profesor nos entregue las fórmulas y los planos para la construcción de la nueva máquina. Y cuando la tengamos montada, amigo mío...

No dijo nada más, pero la expresión de su rostro era lo suficientemente elocuente como para hacer obvio cualquier comentario.

Frank sintió que una nueva emoción le embargaba.

—Deseaba pedirle algo, señor.

—Usted dirá, Tumbergen.

—Quisiera formar parte de los tripulantes de esa máquina.

Donald sonrió.

—Concedido, amigo mío. Comprendo su interés por formar parte de la tripulación de la «geoperforadora». Además, ¡qué caramba!, prefiero tener a mi lado a alguien que conozco. Seguro que la pilotarán los ingenieros de Washington y esos sabios, salvo contadas excepciones, suelen ser bastante difíciles de tratar.

El germano abrió los ojos con asombro.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que vendrá usted en la máquina?

—¡Naturalmente, muchacho! Y permite que te tutee, a partir de este momento. Desde que alguien entra a pertenecer a la SIP, es como si, en cierto modo, se convirtiese en un familiar mío.

—Con mucho gusto, señor.

¡Bien! Asunto concluido. Daremos instrucciones a la Banca de Berlín y haremos que coloquen, en un sitio visible, un letrero que sorprenderá a sus visitantes. Quiero, además, comunicar inmediatamente con Washington.

—¿Para el asunto de las dos prisioneras?

—Sí. Tengo allí, en la Central, dos granujas que llevan demasiado tiempo sin hacer nada. Voy a ordenarles que se lancen sobre Texas y que «inviten» a ese granuja de Phil Stone a que deje tranquilas a las señoras. Puedes estar seguro, Frank, de que le convencerán plenamente.

Tumbergen sonrió.

Estaba más que contento de haber entrado a formar parte, por boca del propio jefe, de una organización cuya fama se extendía por el mundo entero. Y ahora, al ser tratado por Callowan con aquella sincera amistad y oír hablar de tan divertida manera de compañeros a los que no conocía, se sentía sólidamente unido a los miles de agentes que, por todo el globo, luchaban sin descanso, incluso en los planetas recientemente descubiertos, para hacer que una noble Ley humana, la del respeto mutuo, imperase por doquier.

Ayudó a Callowan a obtener las comunicaciones que necesitaba, dándose cuenta! de la actividad infatigable de aquel hombre que, aparentemente tranquilo, encerraba en su cuerpo y "en su mente una fuente de energía inagotable.

* * *

Bat Simber sonreía, divertido. A su lado, O'Connor fumaba un cigarrillo, bebiendo de veo en cuando un trago cía una botella de cerveza que tenía junto a él,

Jimmy estaba en la litera de la cabina, roncando estrepitosamente.

—¿Te das cuenta, Bill? —inquirió Simber.

—¿De qué?

El otro señaló la pantalla de televisión frontal, en la que se veía el rápido desfile de los árboles, á ambos lados de la autopista que conducía a Hannover.

— ¡Fíjate, irlandés! Nos dejan la carretera para nosotros solos.

Luego dirás que no somos importantes.

Bill torció el gesto. El alcohol ingerido habla puesto un brillo intenso en sus pupilas.

—A mí sigue sin hacerme gracia todo esto.

—¿Todavía tienes miedo?

El otro le miró torvamente.

—Si vuelves a decir algo parecido, te aplastó el cráneo.

—Era sólo una broma—se apresuró a decir Bat, que había palidecido un tanto..

—Pues déjate de bromas. Yo te digo, y te repito que preferiría ver la carretera llena de coches y las calles de los pueblos y ciudades que atravesamos llenas de gente. Además —y sonrió con una ferocidad animal—, si en vez de ese inútil de profesor, fuese yo quien guiase esta máquina, me gustaría, de vez en cuando, aplastar un coche o ver como corre algún idiota antes de que le pese por encima.

Karl, que había oído todo aquello, no pudo menos de estremecerse.

De los tres bandidos, Bat era el menos importante, el más infeliz, si es que se podía utilizar aquel adjetivo para calificar a un delincuente. Jimmy, evidentemente,, era el cerebro; pero, por eso mismo, por ser el más inteligente y avisado de los tres, Hembert, que poseía una mente un millón de veces más poderosa que la del «gángster», había podido engañarle cuando simulé el falle de los mandos de las manos metálicas.

Con O'Connor hubiese sido muy distinto.

El irlandés era un hombre primitivo, una criatura que no hubiese hecho el ridículo en pleno Cuaternario, en cualquier caverna, junto a los hombres de aquellos tiempos, matándose por un quítame de aquí unas pajas. Su mente no se ocupaba más que de ideas elementales, casi todas ellas agresivas y subrayadas por una desconfianza innata, quizá motivada por su vida infantil.

Pero, fuese como fuera, era Bill el hombre más peligroso del trio. Y de haber sido él el jefe, o llegado a ser en el caso poco probable de que Jimmy desapareciese, las cosas cambiarían brutalmente y no permitiría al profesor ni una falsa avería más. Su violencia le empujaría a cortar por lo sano y poco le importaría lo que aconteciese después.

Poco después penetraban en Hannover.

O'Connor y su amigo se levantaron, acercándose a la pantalla y situándose a espaldas del profesor. Al ver las calles completamente desiertas, el irlandés soltó un soez juramento.

—¡Hijos de perra! Hace ya mucho tiempo que no veo gente. Me parece como si me hubiese convertido en un apestado, en un leproso al que todo el mundo huye.

Bat no dijo nada, por temor a contrariar a su amigo. Justamente, en aquel momento, la máquina pasaba ante uno de los bares más elegantes de la ciudad. Se veía que aquel local debía de haber sido abandonado apresuradamente, ya que sus puertas estaban abiertas y enfrente, justo al fondo de la entrada, se veía una gran pantalla de televisión que seguía funcionando.

¡Entre ahí dentro, profesor! —ordenó el irlandés con vos áspera.

Hembert detuvo la máquina, volviéndose hacia Bill, cuyo aliento apestaba a alcohol.

—Habrás que pedir permiso a Jimmy.

—Eso es cierto—.se atrevió a decir Bat.

Bill perdió los estribos.

¡Calla, imbécil! Y tú, profesor de todos los demonios, o entras en ese bar ahora mismo o te deshago el cráneo de un puñetazo.

—Entraré —se limitó a decir el joven sabio.

Procuró de todos modos, hacer el menor daño posible a aquella hermosa instalación; pero, por muchos esfuerzos que hizo, de forma a entrar por la puerta, la anchura de la «geoperforadora» arrancó los mareos y deshizo una máquina de juegos electrónicos que había a la izquierda.

—¡Para!

Karl frenó suavemente.

Viendo que el irlandés se alejaba de la pantalla, Bat se volvió, palideciendo intensamente, como si adivinase las intenciones del otro..

—¿Qué vas a hacer, Bill? —inquirió, con un tono de voz en el que se trasparentaba la angustia.

— ¡No te importa! —repuso el otro, sin volverse. Y tirando del mecanismo de seguridad, abrió la portezuela, descendiendo por la escalerilla empotrada.

Momentos después, aparecía en la pantalla, dentro del local. Se dirigió directamente al mostrador y pasando al otro lado, cogió una de las botellas y un vaso. Lo llenó y volviéndose hacia la máquina, lo levantó, como si brindase sabiendo que los otros le estaban mirando.

La palidez de Bat se había intensificado y sus miradas, cargadas de terror, iban de la pantalla de televisión a la litera donde Jimmy seguía roncando.

El silencio era completo y denso.

Por su parte, Hembert estaba rezando en voz baja porque alguien apareciese por allí, un policía, por ejemplo, que acabase con el bandido y permitiese que otros agentes entrasen en la máquina.

Dudó, por unos instantes, si debía o no lanzarse sobre Simber y llamar a Hilma para escapar juntos de la «geoperforadora». Pero el temor a que Steson se despertase, sabía que estaba armado, le contuvo en el último instante, cuando ya sus músculos temblaban bajo su piel, dispuestos a obedecerle prontamente, a la menor señal.

Entre tanto, O'Connor, después de beberse casi la totalidad de la botella que había cogido, tomó más de las estanterías, dirigiéndose con paso indeciso, hacia la salida del establecimiento.

Por último, cuando estaba ya casi a la altura de la máquina, se volvió, lanzando una de las botellas contra el enorme espejo que había al fondo y que saltó en pedazos.

Hembert se mordió los labios, con fuerza.

Estaba contrariado y hasta furioso de la suerte que tenían aquellos granujas. El que Jimmy no se hubiese despertado era también prueba de que el odioso irlandés iba a salirse con la suya sin recibir reprimenda alguna de su jefe.

Justamente, como si estuviera leyendo en su cerebro, Bat se acercó más a él.

—Profesor.

—¿Qué quiere?

—Voy a pedirle un favor... ¡No diga nada a Jimmy, por favor!

Estaba nervioso y tartamudeaba casi.

—¿Me lo promete? —inquirió, con voz suplicante.

Karl hizo un gesto vago que lo mismo podía ser afirmativo que negativo. En aquel momento, Bill entró en la máquina y cerró la puerta tras él.

Gritó:

—¡Tira adelante, profesor de los demonios!

El joven hizo retroceder a la perforadora, atravesando la ciudad vacía, camino de Berlín.

Su estado de ánimo había decaído; pero, a pesar de la tristeza que le producía todo lo que había ocurrido, la rabia superaba a veces este sentimiento, impeliéndole a forjarse planes descabellados de huida, que su sentido común le obligaba a desechar instantes después.

Fue entonces cuando Jimmy se despertó, desperezándose; luego, una vez en pie, se acercó a Karl.

—¿Dónde estamos, profesor?

—Hemos salido de Hannover y vamos hacia Brandemburgo.

—Estupendo. ¿Quiere encender la pantalla del techo?

Alargando la mano, el sabio obedeció y el cielo apareció, casi inmediatamente surcado por dos helicópteros.

—¡Ya me extrañaba que nuestros queridos amigos nos hubiesen olvidado! —exclamó Steson, con una sonrisa.

Bill, con los ojos excesivamente brillantes, miró también a los aparatos.

¡Malditos! Si tuviese un buen rifle, ya veríais una caza estupenda.

—Estás muy agresivo, Bill —repuso Steson, mirando fijamente a su compañero—. Has bebido a tus anchas, ¿verdad?

O'Connor sonrió estúpidamente.

¡Se hace lo que se puede, jefe!

—Ya lo sé. Pero voy a tener, como otras veces, que racionarte un poco el alcohol. Te conozco y sé que serías capaz de hacer una idiotez que nos metería en un lío.

Quien palideció fue Bat, cuya mirada buscó ansiosamente la del profesor. Pero éste estaba de espaldas, cara a la pantalla frontal y pendiente de la autopista.

Bill se encogió de hombros y levantó la mirada hacia la pantalla del techo.

—¡Fijaos! ¡Hay humo en la cola de uno de esos pajarracos! ¡Ojalá arda entero con los tipos que lleva dentro!

—¡Eres completamente idiota! —exclamó Jimmy—. ¿No ves que están lanzando una humareda rojiza? Debe ser una señal convenida entre ellos.

¡Asquerosos cerdos! —gruñó el irlandés.

Pero Karl, que había levantado la cabeza y visto aquella señal que él mismo había convenido en el mensaje dejado en Dortmund, se sintió completamente feliz.

¡Su madre y su hermana habían sido liberadas!

Era una importante victoria, pero no sólo significaba que las dos mujeres estaban fuera de peligro, sino que aquella humareda roja quería decir que los hombres del orden esperaban que él les enviase todo lo prometido: significaba que iban a seguir su plan para la construcción de una nueva «geoperforadora».

Tenía que comunicárselo a Hilma. Y dispuesto a hacerlo, detuvo la máquina poco después.

—¿Qué ocurre ahora? —se amoscó Jimmy.

Hembert sonreía.

—Estoy cansado, Steson —era la primera vez que le llamaba por su nombre—. Y quiero descansar un rato. He conducido desde que amaneció y creo que merezco un poco de reposo.

Jimmy había fruncido el entrecejo, pero terminó sonriendo.

Su mente luchaba por comprender el curso de las ideas del profesor y, sobre todo, sus intenciones. Pero tuvo que darse por vencido.

— ¡Claro que debe descansar! Pero me gustaría, antes, que me enseñase a conducir esta máquina. No, no hace falta que me lo explique todo, sino la forma de llevarla por la autopista. No creo que sea muy difícil.

Hembert esperaba aquello desde el principio y no se extrañó en absoluto. En unas pocas frases, claras y concisas, mostró el manejo de los mandos de la máquina.

Al sentarse en el sillón de pilotaje, le temblaban a Jimmy un poco las manos; pero en cuanto puso la máquina en marcha, se sintió otro hombre. Y miró, de reojo, sin perder de vista la autopista, al profesor que estaba a su lado.

—¿Lo hago bien?

—Muy bien. Voy a descansar un poco. Si se encuentra ante algún problema, avísame. Pero pare la máquina antes.

—O.K.

Karl penetró en la cabina de las literas, encontrando allí a Hilma, que se levantó apresuradamente para correr a sus brazos.

—¡Querido!

—Calla, no levantes la voz, Hilma. Acabo de recibir la señal convenida, lo que quiere decir que mamá y Erika están a salvo.

—¡Alabado sea Dios!

—Ya ves, amor mío, que todo se va arreglando poco a poco. En cuanto haya podido enviarles la totalidad de los planos y las fórmulas, podremos empezar a soñar con que toda ésta pesadilla llegará a su término.

— ¡Pero la máquina anda! ¿Cómo es eso, Karl?

—Steson la lleva. Acabo de enseñarle a manejarla un poco. Voy a ponerme a escribir. Si me diese un poco de prisa, podría entregarles, cuando lleguemos a Berlín, la mitad de las fórmulas. Escribiré en aquella litera de arriba, vuelto hacia la pared. Si alguien se acerca, avísame.

—Bien. Así lo haré.

CAPÍTULO VIII



LEGARON a Berlín el jefe de la SIP y Frank en un superreactor. Inmediatamente de instalados en los locales de la Policía berlinesa, Donald envió al germano al aeródromo, con instrucciones de recibir allí a un grupo de ingenieros americanos que llegarían procedentes de Washington, aquella misma mañana.

Ya había sido convocado un grupo de ingenieros germanos que trabajaría junto a sus colegas estadounidenses y los grandes laboratorios técnicos de la Funker, la empresa más importante de toda Alemania, estaban dispuestos para que pudiesen realizarse en ellos todas las operaciones, ensayos y cálculos que llevarían al montaje de la nueva «geoperforadora».

En un coche rápido y utilizando los caminos que eran permitidos, ya que toda la zona que llevaba desde la entrada de Brademburgo a la Banca habían sido evacuados y nadie circulaba por allí, Frank llegó en un abrir y cerrar de ojos al campo de aviación, pocos minutos antes de que el cohete trasatlántico se posase en una de las pistas.

Poco después, cuando el nuevo agente de la SIP condujo su vehículo junto al cohete, ya descendían de éste seis hombres, todos ellos con aspecto de intelectuales, a los que el germano estrechó la mano.

Pero, distraído, saludando a uno tras otro, a medida que iban descendiendo por la pasarela, se encontró, súbitamente, ante una hermosa muchacha rubia, de ojos zarcos, que le sonreía graciosamente.

Al darse cuenta del embarazo del joven, ella dijo, sin dejar de sonreír:

—No soy ingeniero, señor...

—Me llamo Frank Tumbergen.

—Y yo Erika Hembert.

Los ojos de Frank se abrieron como platos.

—¿La hermana del profesor?

—La misma.

Nunca hubiese imaginado el germano que Erika fuese una muchacha tan hermosa. Al pensar que había estado prisionera de un tipo al que no conocía, pero cuyas intenciones adivinaba, frunció el entrecejo.

—¿Sufrió usted mucho en Texas?

—Lo pasamos bastante mal —dijo ella—. Pero todo eso está ya acabado. El culpable está encerrado y esperando recibir el castigo que merece.

Frank, excusándose, se ocupó unos instantes de los ingenieros, dirigiéndolos hacia los vehículos que debían trasladarlos a Funker; después, volviendo junto a la muchacha:

—¿Quiere venir conmigo?

—Desearía hablar con el señor Callowan.

—Yo voy a verle. Es mi jefe.

Ella preguntó, extrañada:

—¿Pertenece usted a la SIP?

—Desde hace muy poco.

—Bien, vamos.

Subió al vehículo, sentándose al lado del joven quien puso en marcha el coche, deteniéndolo, poco después, ante el edificio de la Funker, donde Donald acababa de trasladar su cuartel general.

Conduciendo a la muchacha a través de pasillos y salas, Frank la llevó al despacho que Callowan le había indicado en la Central' de Policía, antes de trasladarse allí.

Donald estaba sentado, ante un montón de planos parciales de Berlín. Al oír que entraban, levantó la cabeza, frunciendo el entrecejo, en un gesto interrogativo que iba dirigido al hombre.

—Es la señorita Erika Hembert, señor —dijo el agente.

Callowan sonrió.

—Debí imaginármelo.

Y después de estrechar la mano de la linda muchacha dijo:

—Siéntese, por favor.

Ella lo hizo y aceptó el cigarrillo que Frank le ofreció.

—Ya sé —dijo, dirigiéndose a Donald— que querrá usted saber los motivos que me hicieron conseguir de los agentes que me liberaron el que me dejasen ocupar una plaza en el cohete que traía a los ingenieros. En realidad, además del deseo de estar lo más cerca posible de mi hermano y mi cuñada, quiero ser útil a ustedes.

—Estamos encantados de su amabilidad.

—No he dicho que quiera ser útil —dijo ella, cambiando el tono de voz— de una manera puramente formularia. Yo, señor Callowan, trabajé con Karl y mi padre. Y aunque no tengo estudios superiores, me considero capaz, con los ojos cerrados, de dirigir el montaje de una nueva máquina.

—Eso es muy interesante.

—Además —siguió diciendo ella— y aunque les extrañe lo que voy a decirles, yo he sido la primera persona que ha conducido una «geoperforadora».

—¿Usted?

—Sí. Papá lo deseaba así y Karl obedeció su mandato cuando terminó la construcción de la primera. Puedo decirles algo más, sin inmodestia: siempre conduje mejor que mi hermano. Él es un hombre teórico, que ama las fórmulas complicadas, pero que nunca fue demasiado hábil con sus manos. Yo le enseñé a conducir, pero nunca captó todos los trucos que pueden hacerse al volante de una «geoperforadora».

Los dos hombres no dijeron nada.

Ella prosiguió, ahora con una sonrisa:

—Yo les demostraré a ustedes lo que puedo hacer con una máquina. Por eso, después de probarme cuanto quieran, deseo ser yo quien conduzca la máquina contra la que ahora lleva mi hermano.

—¿Cómo ha sabido usted todas esas cosas? —inquirió Donald.

—Los agentes que me liberaron me lo explicaron todo. Además, creo que tenía derecho a saber.

—Naturalmente —sonrió Callowan—, pero una de las cosas que voy a hacer, cuando regrese a los Estados Unidos, será cortar la lengua a dos incorregibles charlatanes.

—¡Son dos excelentes muchachos! —exclamó ella.

—Ya lo sé; pero, como la mayor parte de los hombres, y yo me incluyo entre ellos, no saben contenerse cuando están al lado de una mujer bonita. Yo, como ellos, no puedo por menos de acceder a su petición, señorita Hembert.

— ¡Muchas gracias, señor!

—Pero pasará usted por las pruebas suficiente, para convencerme que puede conducir la máquina.

—Estoy dispuesta a sufrir todos los exámenes señor Callowan.

—Perfectamente. Ahora, con su permiso, voy a hablar con los ingenieros que acaban de llegar de Washington y con los colegas de

aquí. Tú, Frank, puedes ir explicando a la señorita Hembert todo lo que no sabe aún.

El agente sonrió.

No podían encargarle algo tan deliciosamente atractivo.

* * *

La máquina atravesó un Brandemburgo tan vacío como todas las ciudades y pueblos por los que habían pasado.

Kart salió de la cabina, acercándose a Jimmy cuyo rostro estaba resplandeciente por la alegría que experimentaba conduciendo el poderoso vehículo.

Notando la presencia del profesor, volvióse a medias.

— ¡Esto es estupendo, amigo mío! ¡Con qué docilidad responde a los mandos!

—Veo que le está cogiendo gusto.

—Más de lo que usted se imagina. Quiero llevarla hasta Berlín y que me enseñe usted, cuando lleguemos allí, la manera de utilizar el tallo perforador.

—Como usted quiera. Pero ahora quisiera repasar las conexiones de abajo. No quiero que se produzcan anormalidades de ninguna clase.

Jimmy sonrió.

—Su espíritu de colaboración me maravilla, profesor; pero, rogándole que me perdone, no puedo ser tan estúpido como para tener de golpe una completa confianza en usted. ¡Bill!

Fue Bat quien contestó.

—Está durmiendo como un tronco, Jimmy.

—¡Ese imbécil no puede contener el sueño en cuanto se emborracha! Está bien: acompaña tú al profesor, Simber. Y abre los ojos, ya sabes que no podemos fiarnos. Aunque creo que nuestro amigo no estará lo suficientemente loco como para intentar algo que costaría mucho a su esposa.

—Si no quiere que repase las instalaciones —repose Kart, con un aire ofendido que le salió maravillosamente bien—, ¡allá usted! Pero luego no me venga con estúpidas reclamaciones. Después de todo, la culpa es de ustedes. Si no hubiesen metido las narices en la parte baja de la máquina, nada hubiese sucedido.

—Bien, bien; no se ofenda de esa forma ridícula, profesor. Y compréndame. Usted, lo quiera o no, es un enemigo a bordo.

Y como Hembert no despegase los labios.

—Vaya, vaya a repasar las instalaciones, pero acompañado por Bat. Así podré estar más tranquilo.

Karl se dirigió hacia la escalerilla que descendía a lo hondo de la máquina. Una triste sonrisa entreabrió ligeramente sus labios.

Había confiado demasiado en su buena suerte, olvidando que Jimmy era un hombre desconfiado y que en esto, desde su punto de vista, tenía toda la razón. Iba a serle difícil colocar los papeles que había escrito en una de las manos metálicas, delante de Bat. Aunque haría lo posible para hacerlo.

La parte inferior de la «geoperforadora» estaba recorrida por un largo pasillo que desembocaba, por la parte anterior, en el almacén, terminado a su vez por el espacio que, plegados, ocupaban los dos pares de brazos mecánicos, así como los dispositivos electrónicos que los regían desde la cámara de mandos.

Al otro extremo del pasillo y hacia la «popa» de la máquina, había dos puertas, una tras otra, qué ponían en comunicación la pila atómica con el motor que impulsaba la «supergeneradora» y que, conectada en parte con el tallo-barrena, producía aquella arrolladora energía, capaz de atomizar la materia que se opusiese a la marcha del vehículo.

Dirigiéndose hacia la parte anterior, mientras se preguntaba cómo podría arreglárselas para dejar los papeles en una de las manos, Frank iba seguido por Bat, que caminaba en silencio.

Al llegar a la cámara de los brazos articulados, después de atravesar el almacén, donde se amontonaban los alimentos y bebidas robados en Dortmund, el joven sabio se inclinó, haciendo como si repasase la delicada red de conexiones.

Pero vigilaba, de reojo, al bandido.

Éste estaba a su lado, apoyado en el muro metálico de la cabina. El rumor del motor atómico les llegaba desde lejos. La estabilidad de la «geoperforadora» era tal que no sentía ni la marcha ni los balanceos, aunque la máquina hubiese atravesado un terreno desigual y difícil.

La cosa ocurrió tan repentinamente que Frank no pudo entenderla de momento.

De súbito, Bat se tambaleó, llevándose la mano derecha a la frente. Luego cayó de rodillas.

Abandonando lo que simulaba hacer, Hembert se acercó al gángster.

Le preguntó:

—¿Qué le ocurre?

El otro entreabrió los ojos, con un verdadero esfuerzo.

—Me... siento... muy mal... profesor...

Levantándolo en vilo y movido por un instinto humanitario que no podía evitar, Frank lo sacó de aquel estrecho espacio, llevándolo al pasillo. Pero Bat, despabilándose un poco, exclamó:

— ¡No me suba arriba, profesor! ¡Que Jimmy no se entere!

—¿De qué?

—Usted... no le conoce. Estoy muy enfermo y no dudaría en dejarme en medio de la carretera... si es que antes no pasase con la máquina por encima de mí.

Frank le dejó en el suelo.

La palidez del rostro de Simber le extrañó. Algo así como una loca idea le hizo examinar el interior de los párpados de aquel hombre.

Estaban blancos.

Frunciendo el entrecejo, Hembert examinó al enfermo con más detalle, comprobando que todas las mucosas estaban exangües y que las encías ofrecían una desoladora blancura.

—Espere un momento, Bat.

Frank fue a la sala de las manos, colocó el papel en una de ellas, situándolo de manera a que no se viese si alguien entraba allí. Se fijó en que se trataba de la mano número tres; después abrió un pequeño armario, sacando un minúsculo contador Geiger.

Su frente estaba cubierta de sudor y plisada por innumerables arrugas. Una luz de inquietud manifiesta lucía en sus pupilas.

Regresando junto a Bat, que seguía en estado de somnolencia, paseó la abertura del contador por la proximidad de su cuerpo. No tuvo que esforzarse mucho, ya que la aguja empezó a moverse con una intensidad amenazadora.

Se estremeció.

Separándose un poco del cuerpo del bandido, lo contempló y, por un momento, sintió que una inmensa conmiseración se apoderaba de su ánimo; después, volviendo a la realidad, pensó que no podía informar a Jimmy, ya que había el peligro de que abandonase o matase a aquel desgraciado.

Volvió de nuevo al armarito de la cámara de los brazos metálicos, sacó una jeringuilla que cargó con una fuerte dosis de extracto hepático, hormona cortical y tónicos cardíacos. Volvió después junto a Simber, inyectándole profundamente la mezcla vivificadora.

Momentos después, el bandido abría los ojos.

Al ver que el profesor seguía con la jeringa en la mano;

—¿Qué ha hecho? —inquirió, con el terror pintado en los ojos.

—Tuvo un desvanecimiento y le he inyectado un estimulante.

Hubo una duda en la expresión de Bat; pero, casi inmediatamente dijo:

—Muchas gracias, profesor... Ahora recuerdo. No diga nada a Jimmy.

—No diré nada. Pero ha de responder a unas preguntas.

—Diga.

—¿Penetraron en aquella cámara cuando visitaron esta parte de la máquina? —inquirió, señalando hacia la puerta de atrás.

—Sí.

—¿Todos?

—Sí. Teníamos curiosidad por saber lo que había dentro.

—¿Pasaron las dos puertas?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque así se explican las anomalías que ocurrieron —mintió el sabio—. Debieron pisar alguna conexión.

—No le recuerdo.

—¿Estuvieron mucho tiempo allí dentro?

—Unos quince minutos.

—Voy a echar una ojeada rápida y volveremos arriba ahora mismo.

—Sí, ya me siento mucho mejor; pero, por lo que más quiera, no le diga nada a Jimmy.

—Ya le dije antes que no diré ni una sola palabra.

—Gracias, profesor. Yo, en cierto modo, le envidio, ya que en el fondo me hubiese gustado ser una persona decente...

Pero Frank no le escuchaba ya. Atravesando rápidamente el pasillo, se acercó a la primera puerta, con el entrecejo fuertemente fruncido.

«¡Es imposible! —pensó—. Han debido ver el letrero y no cometer ese error...»

Abrió la puerta, mirando a la otra, a la que comunicaba directamente con la pila.

¡No había ningún letrero sobre ella!

Entonces, como una chispa luminosa, el recuerdo le golpeó con fuerza.

No habían colocado el letrero de «¡Peligro! ¡No pasad!», ya que la máquina no estaba dispuesta para la entrega, y se pensó, en último

instante, que todos los letreros e indicaciones deberían ponerse en Alemania, naturalmente en lengua germana, ya que iban a ser alemanes los que la manejasen en las minas.

Cerró la puerta, volviendo junto a Bat, que ya se había puesto en pie. Sin cambiar una sola palabra con el bandido, subieron por la escalerilla, penetrando en la cabina de mando.

¡Ya estamos en Berlín, profesor!

—Muy bien, ¿Puedo ir a Ver a mi esposa?

— ¡Claro que sí, profesor! Pero no tarde mucho. Pronto estaremos ante el Banco.

—Bien. Volveré en seguida.

Penetró en la cabina, después de ver que el irlandés seguía roncando estrepitosamente.

—¿Qué hay, querido? —inquirió Hilma, ansiosamente.

— ¡Es horrible, Hilma!

—¿Qué ocurre?

—Penetraron en la cámara de la pila atómica, donde no pusimos letrero alguno advirtiéndolo el peligro... ¡Han enfermado, querida!

—¿Radiactividad?

—¡Y con una intensidad terrible! Bath se ha desmayado. No debe tener casi ningún glóbulo rojo en la sangre; la médula de los huesos debe estar destrozada. Morirá dentro de unas horas.

—¿Y los otros?

—No he notado nada, aunque Jimmy empiece a estar un poco pálido. Pero el reflejo de las pantallas de la televisión pueden aumentar esa sensación de palidez.

—¿Y ese bruto de irlandés?

—Es el más fuerte y el que caerá el último; ésa será nuestra prueba más difícil, querida. No quiero pensar lo que ocurrirá cuando esa fiera se haga cargo de todo.

CAPÍTULO IX



ENETRÓ Frank en el despacho que Callowan ocupaba en el gigantesco edificio de la Funker.

—¿Qué noticias me traes, muchacho?

— ¡Muchas y muy «buenas, señor!

—Siéntate, enciende un cigarrillo y empieza, por orden y despacio. No me gusta la gente nerviosa.

Tomberger sonrió y obedeció.

—Lo primero —dijo, después de exhalar la primera bocanada de humo— es que hemos recogido las notas que el profesor dejó en el Banco. Y puede decirse que hemos tenido mucha más suerte de la que esperábamos.

—¿Por qué?

—Porque ha empezado por el final.

—¿Qué quieres decir, Frank?

—Que temíamos que el profesor empezase enviándonos los detalles técnicos del armazón de la máquina; pero, pensando seguramente que lo primero era lo más importante y complicado, nos ha enviado los esquemas electrónicos generales, Y ha adivinado.

—Sigo in entender.

—Verá usted, señor: ha resultado que ella es maravillosa.

Donald sonrió.

—¿Ya estamos así, Frank?

El agente se sonrojó:

—No es eso, señor... La señorita Hembert, asombrando a los ingenieros, ha- dibujado y calculado, en estas últimas horas, todo el armazón de la máquina, lo que ha hecho posible el milagro que se está llevando a cabo en los talleres, donde trabajan como hormigas: el armazón estará acabado dentro de un par de horas.

— ¡Eso es formidable!

—Al recibir los esquemas electrónicos que el profesor ha dejado

en el Banco, un doble equipo, germanoamericano, se ha puesto a trabajar, ayudado por- medio centenar de técnicos y especialistas, y han prometido terminar todo el montaje para esta misma noche.

—¿Tan pronto?

—Sí. No olvide que ayer llegaron dos aviones cargados de material, en planchas, de lo que el profesor tenía preparado en América. Solo han tenido que cortar y soldar, siguiendo los esquemas de la señorita, para montar todo el armazón.

—¿Y será cierto que esta noche...?

—Puede contar con ello, señor. La nueva «geoperforadora» se pondrá en marcha antes de las doce.

Donald sonrió.

—Son, en verdad, las más halagüeñas noticias que recibí jamás, amigo mío. Vayamos ahora a la información de la otra máquina.

—Los bandidos se apoderaron de los doscientos kilos de oro que dejamos, por orden suya, en el cofre fuerte del Banco. Naturalmente, vieron el letrero que colocamos en la sala principal avisando a los cuentacorrentistas que los pagos grandes deberían hacerse en Potsdam, donde se habían trasladado los fondos en oro del Banco.

—¿Han caído en la trampa?

—Sí. La máquina salió de Berlín por la autopista del Sur, dirigiéndose a Potsdam. Pero se han detenido a unos quince kilómetros de la capital.

—¿Por qué?

—Lo ignoro, señor.

—Quizá quieran descansar.

—Es posible, pero un poco raro. Me preocupa esa parada, señor Callowan.

—¿Qué dicen los helicópteros de servicio?

—Nada de particular, excepto el detalle de la parada. Siguen observando a la «geoperforadora», pero no han visto nada extraordinario.

Donald se frotó pensativamente el mentón.

—En cuanto tengamos nuestra máquina preparada, saldremos en su busca.

—¿Cuándo intenta atacarles?

—Cuanto antes. Pero deseo hacerlo al alba.

—¿Por qué?

—Para que nos vean. Quiero que el profesor se dé cuenta de

nuestras intenciones y, sobre todo, de nuestra presencia. No hay que olvidar que todo fracasaría si algo ocurriese al profesor o a su esposa,

—Comprendo.

—Voy a ir a los talleres con usted. Aquí ya no hago nada. Conectaremos el teléfono con aquella parte del edificio y pondremos un hombre a la escucha, en constante contacto con los helicópteros,

—De acuerdo.

* * *

Karl había satisfecho a Jimmy, enseñándole el manejo del tallo perforador. Así pudo el bandido gozar del asalto al Banco de Berlín, haciéndolo él mismo.

En cuanto al manejo de las manos metálicas, el profesor se arregló para convencer al otro de que no sería jamás capaz de hacerlo. Algunos intentos, dirigidos por Karl, hicieron que Steson desistiese de sus propósitos. De esta manera, pudo el sabio dejar la nota en un sitio bien visible.

Comprendió también perfectamente lo que en realidad significaba el letrero dejado allí, en el vestíbulo del Banco. Los bandidos, por su parte, cayeron sencillamente en el cepo, ya que no tenían motivos para temer nada, convencidos de su invulnerabilidad dentro de la máquina.

Dirigida ésta por Jimmy, que había tomado gusto a hacerle, abandonaron la capital alemana, saliendo por la autopista sur, dispuestos a desvalijar aquella misma tarde el Banco de Potsdam.

Karl hubiese deseado que los bandidos optasen por tomarse un pequeño descanso, dejando la nueva operación para el día siguiente, ya que necesitaba un poco de tiempo para redactar las notas que, con toda seguridad, esperaba la SIP que dejase en Potsdam.

Pero no tuvo éxito alguno cuando intentó convencer a Jimmy de que debían tomar un pequeño descanso.

Sin embargo, las cosas tomaron un curso imprevisto cuando apenas se habían alejado una quincena de kilómetros de Berlín.

Todo empezó cuando, de repente, Bat lanzó un ronco grito, cayendo como herido por un rayo. Entonces, Jimmy detuvo la máquina, abandonó el asiento de dirección y se arrodilló junto a Simber, cogiéndole la muñeca entre el índice y el pulgar.

Estuvo así un par de larguísimos minutos; después, incorporándose, dijo, con voz sorda;

—Ha muerto.

Karl sintió frío en la espalda.

En cuanto a O'Connor, con la sencillez brutal de su mente elemental, comentó:

—Peor para él y mejor para nosotros, Jimmy. Así habrá que hacer menos reparto.

Steson miró de una manera terrible a su colaborador. Por un momento, el profesor, que permanecía inmóvil, sin atreverse casi a respirar, temió que Jimmy sacase su pistola, matando allí mismo al otro.

En el fondo, hubiera sido la mejor de las soluciones; pero, de la misma manera que sus ojos adquirieron un brillo asesino, que el irlandés comprendió perfectamente, retrocediendo un poco, hasta chocar con la pared de la cabina, la mirada de Jimmy se tornó vacía, perdiendo toda la luminosidad agresiva que se había encendido momentos antes en ella.

Luego, bruscamente, giró como una peonza, desplomándose a los pies del profesor y junto al cuerpo del otro.

Desaparecido su temor, O'Connor miró fijamente al sabio.

—Eres tú el que los ha envenenado, ¿verdad, perro?

—¿Envenenarlos? ¡Estás loco!

—Algo has debido hacerles para acabar con ellos de esa manera.

Karl señaló a Jimmy.

—Steson está vivo. Fíjate cómo respira.

En efecto, haciendo un poderoso esfuerzo, Jimmy abrió los ojos, incorporándose, ayudado por el profesor.

—Es raro —dijo—. He debido marearme.

Y después de sentarse en uno de los butacones de la cabina preguntó:

—¿De qué ha muerto Bat, profesor?

—Lo ignoro.

—Todos estábamos sanos cuando entramos aquí. ¿Cómo estás tú, Bill?

O'Connor rió estrepitosamente.

—¡Como siempre, jefe! ¡Á mí no me mata ni un rayo!

Pero Jimmy apenas le escuchó y volviéndose a Karl inquirió:

—¿No cree que se respira con dificultad, profesor?

—No es posible. El suministro de oxígeno se hace, ahora, directamente del exterior. Sólo cuando nos metemos bajo tierra funcionan los depósitos, pero su contenido es de la mayor pureza.

—No comprendo. Me siento débil, incapaz de la menor cosa.

Los ojos del irlandés se encendieron con una luz terrible. Y sacando su pistola exclamó:

—¡Se acabó esta comedia, Jimmy! ¡Dame tu arma!

El otro le miró, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Te has vuelto loco, Bill?

El irlandés rió, sarcásticamente.

—Nunca he estado tan cuerdo como ahora, imbécil. Después de todo, el que este idiota haya muerto y que tú hayas caído enfermo, favorece mis planes. ¡Todo el oro será para mí!

—No seas estúpido.

—¿Estúpido yo? ¡Qué equivocado andas, Jimmy! Ya nos explicaste, a Bat y a mí, tus preciosos proyectos. Ir al espaciódromo de Munich y comprar, a base de oro y de tiros, si es necesario, una astronave capaz de llevar esta máquina con ella. Después iríamos a Marte, haciéndonos los dueños del planeta. Dentro de esta máquina somos invulnerables y con el oro que poseemos podríamos llegar donde quisiéramos...

Lanzó una nueva carcajada.

¡Ahora seré yo el hombre importante, Jimmy! ¡Siempre me trataste como a un criado!

¡No conseguirás nada, imbécil!

Los ojos de Steson volvieron a adquirir, en un postrer esfuerzo, un brillo de voluntad, de una voluntad que decaía por instantes.

Gritó:

¡Siempre fuiste un cerdo, Bill! ¡Un asqueroso cerdo, incapaz de pensar nada! ¿Cómo quieres hacer algo para lo que no estás preparado? Siempre te dije lo mismo...: ¡tu cabeza está llena de aserrín o de estiércol!

¡Calla!

El rostro del irlandés estaba rojo de cólera. Y nada tuvo de extraño que la furia dominase su espíritu primitivo.

Apretó el gatillo dos veces seguidas.

Con la cabeza destrozada, Jimmy se desplomó en medio de un charco de sangre.

Habiendo oído los disparos, Hilma, pálida como la muerte, apareció en el umbral de la puerta. Al ver la horrible escena, se llevó las manos a la boca, ahogando el grito que pugnaba por salir de su garganta; luego, alocada, se lanzó a los brazos de su esposo.

—¡Basta de escenas! —gruñó el irlandés—. Usted, señora, vuelva a su sitio.

Hilma obedeció, seguida por un gesto esperanzador de Karl.

—Tú ponte al volante. Iremos a Potsdam y cogeremos el resto del oro; después, durante la noche, descansaremos un poco..., pero os encerraré ahí dentro, para poder dormir tranquilo. Mañana, al amanecer, iremos, a toda velocidad, hacia Munich...—rió—. ¡Allí se despedirá el duelo!

Sin decir nada, el profesor tomó asiento y puso la máquina en marcha.

El teléfono interrumpió la frase de Donald, que, viendo que Frank estaba ocupado, cerca de Erika, se apoderó del aparato.

—¿Diga?

—Aquí, Alfred, señor, desde el puesto en conexión con los helicópteros.

—¿Qué hay?

—La máquina ha reanudado la marcha y se dirige hacia Potsdam.

—Bien. Si hay alguna novedad, llámeme. Haga, al mismo tiempo, que se comunique a Potsdam la orden de evacuación de los caminos previstos.

—De acuerdo, señor.

Donald colgó, volviendo junto a los ingenieros.

—La «geoperforadora» ha vuelto a ponerse en marcha—informó—. Tenemos que darnos prisa.

—Esta noche tendrá la suya dispuesta —dijo uno de ellos.

Callowan se alejó hacia la sección de montaje.

La forma de la máquina era ya visible y una especie de fila india salía y entraba de ella, con aparatos que se iban montando en el interior. Se veía ya, un poco más allá, la sección que estaba ultimando el tallo en barrena, cuya planta de F-88 brillaba, como una gema.

Frank vino en su busca.

—¿Novedades, señor?

—Siguen su camino.

—Querrán apoderarse del resto de oro.

—Naturalmente. De todos modos, seguimos sin explicarnos la parada de hace un rato.

—Es verdad.

Erika, que acababa de verlos juntos, se acercó a su vez a ellos.

—¿Convencido de que estará lista esta noche, señor Callowan?

—Empiezo a estarlo, señorita.

—Me alegro. No puede imaginarse qué impaciencia tengo por

salir de aquí, al volante de esa máquina.

—Yo también ardo en deseos de que eso ocurra. ¿Ha pensado en que es su hermano el que va al volante de la otra?

—Sí. Pero no se preocupe. Ya he pensado en el punto al que he de atacar —señaló la máquina que se montaba—. ¿Ve usted aquel repliegue de atrás?

—Sí.

—Es una línea de soldaje y, al mismo tiempo, el límite superior de la pila. Exactamente por ese lado, el derecho de la perforadora, pasan las conexiones que producen el voltaje de aceleración para los neutrones que son lanzados contra el uranio. Un golpe en ese sitio es como si hiriésemos el corazón de la perforadora. Caerá la carga de voltios aceleradores, los neutrones dejarán de fluir y la máquina se parará inmediatamente. Y no es eso lo más importante, su tallo en barrena no se moverá.

—Comprendo.

—Una vez inmovilizada —y esta vez era Frank quien hablaba—, podremos inyectar por la brecha un chorro de gas lacrimógeno.

—Le llaman al teléfono, señor Callowan.

—Bien. Vamos, Frank.

Se alejaron los dos hacia el aparato, que Donald colocó junto al rostro.

—¡Hablen!

Escuchó, durante unos minutos, con la mayor atención. A pesar de que su rostro permaneció inmovible, sin expresión alguna, Frank notó que el brillo de sus pupilas se incrementaba en rápidas ráfagas de luz.

Colgó el teléfono.

—¿Algo importante, señor?

—Sí. Acaban de soltar dos cadáveres de la máquina.

—¡No!

—No te alarmes, muchacho: no se trata de lo que temes. Los cuerpos son los de Jimmy Steson y Bat Simber.

—Y ahora —dijo el germano, como si siguiese el curso de sus ideas— el profesor y su esposa se encuentran entre las garras de ese O'Connor.

—Sí, amigo mío. De los tres, a los que conocemos, por tener constancia en nuestros archivos de la Central, el irlandés posee la personalidad más peligrosa..., tremendamente peligrosa. Porque no ignoramos que estuvo en un frenocomio durante más de tres años.

—¿Cómo? ¿Es un loco?

—Sí —suspiró Donald.

CAPÍTULO X



ESPÚES de vaciar la caja fuerte del Banco y siguiendo las instrucciones del irlandés. Karl abandonó la ciudad de Potsdam, siguiendo la autopista que iba hacia Munich,

La noche se estaba echando encima.

—Puedes parar aquí mismo —dijo Bill—. Estoy cansado y quiero estar tranquilo.

El ingeniero obedeció, siguiendo después dócilmente al bandido que le llevó al depósito de la parte baja.

—Coge comida y bebida para tu mujer y para ti. Y una vez en el piso superior dijo:

—Voy a cerrar esta puerta. Engancharé una cuerda en el picaporte, ya que se cierra hacia dentro. Así podré comer con tranquilidad. Y cuidadito con intentar la menor cosa.

Karl no dijo nada y ya se dirigía hacia la cabina cuando el otro le interpeló:

— ¡Eh, tú, profesor!

—¿Qué quieres?

—Mañana, cuando lleguemos a Munich, será tu mujer la que bajará al espaciódromo y se entenderá con los de allí. Nosotros nos quedaremos en la máquina.

—Bien.

—No he terminado. Sólo cuando la astronave esté en marcha y la máquina en su interior, dejaré que tu mujer vuelva aquí.

—¿Es que vas a llevarnos a Marte?

—No tengo otro remedio. Si os dejase bajar a los dos en Munich, me jugaríais una mala pasada. Y no soy tonto.

—De acuerdo.

Una vez solo, O'Connor colocó un cable, haciendo imposible que la puerta fuese abierta desde dentro. Luego, tras abrir algunas latas de conserva, comió, con voraz apetito, como nunca lo había hecho,

bebiendo tragos seguidos de cerveza.

No quería confesárselo, pero se encontraba un poco débil.

—¡Debe ser por no haber comido desde esta mañana! —gruñó, masticando con fuerza.

* * *

No durmieron en toda la noche, incapaces de conciliar el sueño. Hablaron de mil cosas distintas, haciendo lo imposible por alejar la conversación de algo que se relacionase con la desesperada situación en que se encontraban.

Por eso, sentados como estaban en una de las literas, vieron cómo el irlandés abría la puerta.

¡Hola, tortolitos!

Apeataba a alcohol y caminaba con visible dificultad. Pero aquello no podía constituir ninguna esperanza para los prisioneros, ya que Bill poseía la fuerza de un toro y resistía cantidades inconcebibles de bebida.

—¿Han dormido bien los enamorados? —rió, eructando sonoramente.

Y viendo que los otros no contestaban, conminó:

— ¡Arriba, profesor! Dentro de quince minutos amanecerá y hay que seguir caminando aprisa. ¡Quiero llegar a Munich, en seguida!

Karl se levantó, apretando las manos de su espesa antes de dirigirse a la cabina.

Se sentó ante los mandos, poniendo los motores en marcha. El ronquido conocido de la pila llegó hasta él.

—Puedes encender un cigarrillo, profesor —le dijo el otro—. Esperemos a que se haga de día,

Hembert obedeció, sin decir una palabra. Estaba cansado, pero era más el mal que le causaba la desesperación de no haber podido proporcionar la totalidad de los esquemas para el montaje de la otra máquina, lo que le abatía profundamente.

Poco a poco, la pantalla frontal había quedado, abierta, vio llegar la claridad el día. Ante la máquina, la autopista se prolongaba hasta una curva, a un centenar de metros, en que desaparecía detrás de una arboleda.

—¿Vamos ya? —inquirió.

Bill estaba a su lado.

—¡Así me gusta, profesor! Contigo me entiendo yo mejor que aquel estúpido de Jimmy. ¿No es verdad?

—Sí —dijo el joven, por decir algo.

Iba a apretar la palanca para poner en marcha la máquina cuando los dedos se le agarrotaron.

Bill frunció el entrecejo.

Preguntó:

—¿Qué es eso que hay ahí delante, profesor?

Pero la claridad del día era ya suficiente para que la respuesta del sabio sobrase. De todos modos:

—Una máquina como la nuestra, Bill.

Había una sonrisa de triunfo en los labios del profesor.

¡Lo habían conseguido!

Todavía no sabía cómo, pero poco importaba. Lo interesante es que la otra «geoperforadora» estaba allí, con todos sus detalles y, sobre todo, con la brillante punta de su tallo-barrena.

—Pero ¿no había más que ésta?

—Eso creía yo. —Karl encontró una respuesta adecuada—. Han debido hallar los planos en el cadáver de Jimmy y han fabricado una a toda velocidad.

—¿En... unas horas?

—Ya ves que es posible. Ahí la tienes, ante nosotros.

Vigilaba de reojo al bandido, esperando una reacción, sin saber aún qué se produciría en aquella mente salvaje y despiadada.

Bill parecía tranquilo.

—¿Pueden atacarnos?

—¡Naturalmente!

—¿Y perforar nuestro blindaje?

—Sí.

—También podemos hacerlo nosotros, ¿verdad?

Karl frunció el entrecejo.

—Claro —repuso, sin gran convicción.

O'Connor sonrió.

¡Eso es mejor, profesor! ¡Vamos a demostrarles a esos canallas que no nos importan nada sus máquinas! ¡Al ataque!

—¿Eh?

Los dedos de hierro del irlandés se cerraron alrededor de la nuca del sabio.

Gritó:

¡He dicho que los ataques, imbécil! ¡Lánzate y atraviésales de

parte a parte! Si no lo haces, te estrangularé aquí mismo, acabando de una manera igual con tu mujer.

Un sudor helado cubría la frente de Karl.

Puso la máquina en marcha, sin que el otro soltase su nuca. Una presión mayor le hizo torcer el gesto.

¡Más aprisa, idiota!

Aceleró.

Le temblaban las manos en los mandos, preguntándose, angustiosamente, quién podría ser el que condujese la otra máquina, ya que estaba completamente seguro de que se trataría de un pobre ingeniero, que apenas sabría manejarla y que se vería incapaz de librarse del ataque que iba a partirla en dos mitades,

—¡Pon en marcha el perforador, profesor!

Karl obedeció y el zumbido de la poderosa arma llegó hasta la cabina.

— ¡Adelante! ¡Más rápido!

La otra máquina se acababa de poner en movimiento, avanzando lentamente hacia ellos. Pero el joven observó que su barrena estaba inmóvil.

Iba a cometer un asesinato.

Como si sus dudas y vacilaciones hubieran llegado al cerebro de Bill, éste apretó aún más su presa, produciendo un intolerable dolor en la nuca de Karl.

—¡Arremete contra ellos de una vez, cobarde!

No tuvo más remedio que obedecer.

Lanzada a gran, velocidad, la máquina acortó vertiginosamente el espacio que la separaba de la otra.

Karl cerró los ojos.

Pero el rugido de rabia que lanzó O'Connor le obligó a abrirlos de nuevo, percatándose entonces de que la otra máquina había esquivado, en el último instante, la embestida que le iba dirigida.

—Has fallado... ¡Lo has hecho aposta, canalla!

Le golpeó, con sus puños, que eran como mazas, sobre la cabeza. Karl se desplomó, sin conocimiento y el otro lo sacó de un tirón de debajo del sillón de pilotaje.

No había manejado nunca la máquina, pero lo había visto hacer el tiempo suficiente como para comprender lo más sencillo. Por otra parte, la barrena funcionaba y eso era lo importante,

Tomó los mandos.

—¡Ahora verán —gritó, salvajemente— esos imbéciles que con un hombre como yo, que no tiene miedo, no hay nada que hacer!

E hizo girar la máquina hasta que, viendo a la otra, aceleró al máximo, haciéndola avanzar a una velocidad extraordinaria.

* * *

A través de la pantalla frontal, Donald y Frank, junto a la muchacha, que llevaba el volante, vieron como Erika esquivaba, cuando el choque parecía inevitable.

La muchacha sonrió.

—Karl fue siempre un pésimo y torpe conductor —dijo.

—¡Pues poco ha faltado para que nos atravesase! —suspiró Frank.

—No tengas miedo —repuso la muchacha.

Una vaga sonrisa apareció en los labios de Donald, que, a pesar de que no era el momento, se dio cuenta de los sentimientos que unían a los dos jóvenes.

Haciendo girar la máquina, la muchacha hizo que la otra apareciese en la pantalla.

—¿Atacarán otra vez? —inquirió Donald.

—Es muy posible; pero no tema, señor.

—Confío en su pericia.

De repente, Erika frunció el entrecejo.

— ¡Algo ha pasado! —exclamó—. ¡Karl no conduciría jamás a esa velocidad!

—Eso quiere decir que O'Connor ha tomado los mandos,

—¡Cuidado! —advirtió Callowan.

La otra máquina, como un monstruo salvaje, se les echaba encima.

Viendo que se precipitaba a una velocidad loca, Frank cerró los ojos, sin poder evitarlo.

Haciendo girar el volante, al tiempo que aceleraba al máximo, Erika intentó zafarse del golpe; pero no lo logró más que parcialmente. Cogida de lado, su propia máquina recibió un impacto horrible, encabritándose y ladeándose tan peligrosamente que todos sus ocupantes fueron lanzados con violencia al suelo.

Fue un verdadero milagro que el golpe no volcase la «geoperforadora». De no haber sido por el providencial golpe de volante de Erika, la barrena de la otra máquina los hubiese reducido a polvo.

Pero algo muy grave había sucedido.

Proyectada fuera de su asiento, la muchacha cayó de espaldas, golpeándose fuertemente la cabeza contra el suelo y perdiendo el conocimiento.

Los dos hombres se miraron.

—¿Te crees capaz de guiar este cacharro? —inquirió Callowan.

—Ella me ha explicado algo, pero...

—¡Al volante! ¡Yo me ocuparé de la muchacha!

Frank obedeció, haciendo girar la máquina a la mayor velocidad posible. Vio, con asombro, que la otra había desaparecido por un túnel, seguramente incapaz de frenar a tiempo, cosa que la lanzó contra la colina de la curva, haciéndola penetrar en su interior.

Recordando que bajo tierra debía utilizar solamente las pantallas de rayos infrarrojos y las conectadas con los Geiger, Frank oprimió los correspondientes botones, apretando después el acelerador y lanzando la máquina por el túnel por el que había penetrado la otra.

Una completa oscuridad le envolvió.

Poco después, Donald se acercó.

—La he colocado en una litera y la he sujetado con las correas. Pronto se recuperará.

Y notando la oscuridad preguntó:

—¿Dónde estamos?

—Bajo tierra. Los seguimos.

—¿Podremos encontrarlos?

—Sí. Fíjese en esas dos pantallas. Erika me explicó su funcionamiento mientras las montaban. Una de ellas, la de la derecha, funciona por medio de rayos infrarrojos, captando cualquier fuente de calor, la otra está conectada con los contadores Geiger de la proa y nos señalará la presencia de la radiación que, en pequeña cantidad, emite la pila atómica de la otra máquina.

—¡Adelante entonces, muchacho!

No tardaron mucho en encontrar el camino que los otros seguían. Las pantallas empezaron a parpadear, orientando su marcha.

Un aparato especial, combinado con los infrarrojos, marcaba la distancia que les separaba de los otros.

—Ochocientos metros,..., setecientos..., quinientos cincuenta... —iba leyendo Donald, en voz alta.

Frank aumentó el ritmo de la marcha.

La distancia disminuyó en seguida.

—Voy a acercarme poco a poco —dijo el joven—, de forma a que no noten que estamos detrás.

—¿Crees que no lo sabrán?

—Es evidente. El profesor, si está vivo, no informará a esa bestia de lo que digan las pantallas.

—Tienes razón.

Manejando el aparato con todo cuidado, Frank consiguió colocarse a una veintena de metros de otro.

—¿Vas a atacar ahora?

Frank negó con la cabeza, mostrando el altímetro.

—Está subiendo —dijo—. Y, es mucho mejor atacar cuando estemos en la superficie. Inmovilizaremos la máquina, destrozando las conexiones de la pila y ya le tendremos a nuestra merced.

—Siempre que no haga ninguna barbaridad.

—En ese punto no podemos, desdichadamente, hacer nada más.

La profundidad disminuía por momentos y pronto se esclareció la pantalla frontal. En aquel preciso instante, Frank adelantó bruscamente la máquina, perforando la línea que Erika le había señalado y destrozando las conexiones más importantes de la «geoperforadora».

Con una sonrisa de satisfacción, Frank vio que la máquina que le precedía se detenía bruscamente.

—¡Vamos, señor! —exclamó, sacando la pistola.

* * *

¡La máquina se había parado!

Algo debió fallar y ahora ya no había escape posible. Los otros no tardarían en encontrarlos, destrozándolos alguna parte vital de un certero golpe.

Bill cerró los puños.

Volviéndose, miró a Hilma, que seguía abrazada al cuerpo inmóvil del profesor.

Una oleada de odio le quemó el rostro.

—Ha llegado el final—dijo, como si hablase consigo mismo—, pero se bajará el telón para todos.

Y sacó la pistola.

Levantando la mirada, Hilma, con el rostro arrasado de lágrimas, miró al bandido.

—Puede empezar por mí —dijo, tranquila.

—No —contestó el otro—. Me ha gustado siempre ver sufrir a las mujeres. Empezaré por él.

Ella se puso delante, cubriendo con su cuerpo el de su marido.

—¡Él no debe morir! El mundo le necesita... ¡Mátame a mí! Yo, después de todo, no sirvo para lo que él.

Se puso en pie, lleno de una ciega furia. Y fue en aquel momento cuando sintió que sus piernas vacilaban y que una debilidad incomprensible se apoderaba de él.

Su mirada se cargó de odio.

—¡Ese... perro... —dijo con voz débil— me ha envenenado a mí también...!

Intentó levantar el brazo armado, pero le pesaba como plomo. Desesperado y mordiéndose los labios, hizo un supremo esfuerzo.

Apretó el gatillo con las últimas energías, clavando las balas en la capa de corcho que cubría la plancha metálica del suelo.

Después, girando como una peonza, cayó de bruces, permaneciendo completamente inmóvil.

Donald y Frank entraron en tromba.

Detrás penetró Erika.

Las dos mujeres se abrazaron mientras los hombres examinaban al profesor.

—No es nada —dijo Donald—; se recuperará en seguida.

Las dos mujeres seguían abrazadas.

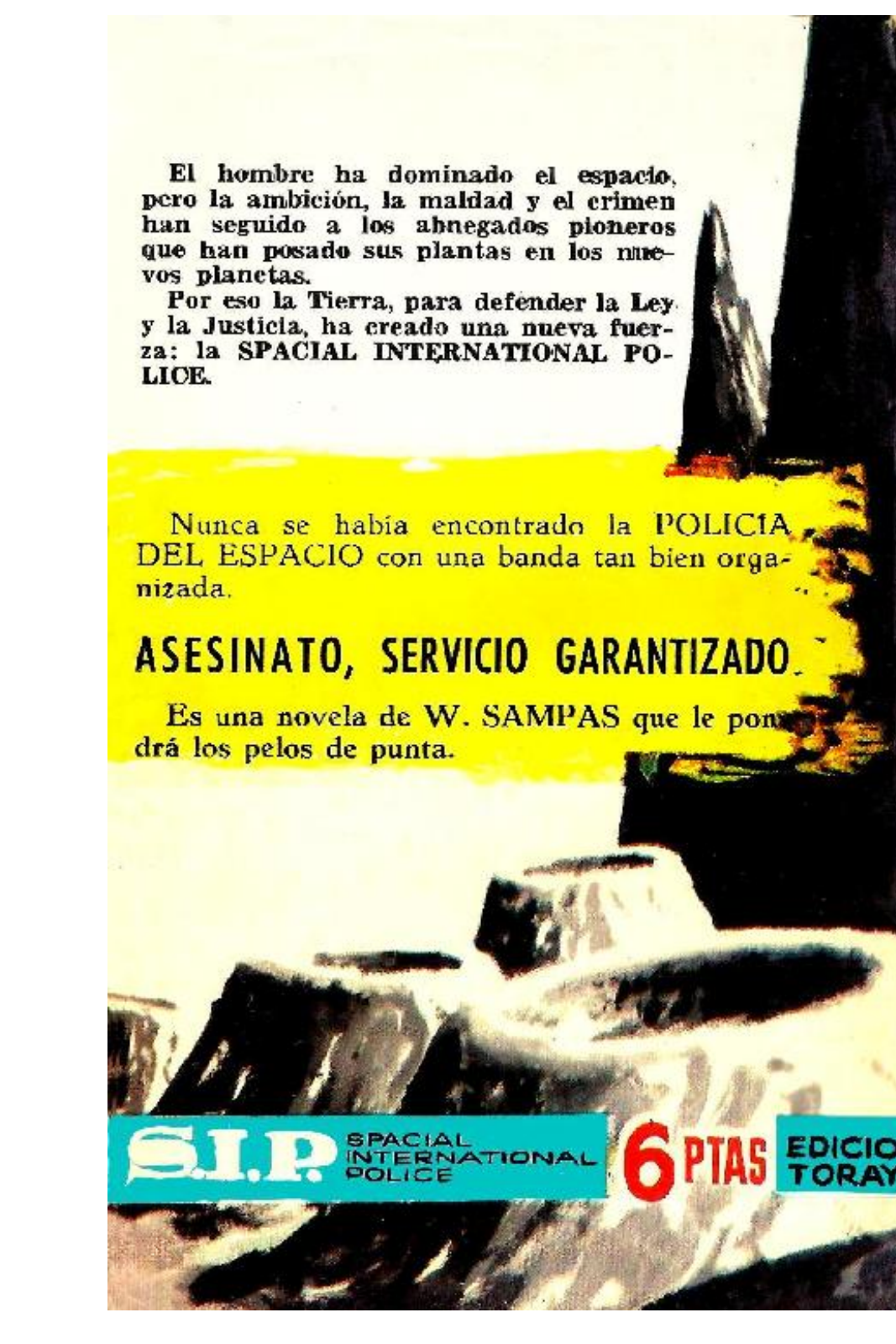
—Bueno —dijo Callowan—. Tú atiende a las señoras —bajó la voz—. Después de todo, ya puedes empezar a considerarte de la familia —señaló a Bill—. Éste está muerto y el asunto queda terminado. ¡Hasta luego, muchacho! Voy a decir que os manden unos coches. Ya deben de haber aterrizado los helicópteros. Podrías coger uno de ellos...: en fin, ya haréis una cosa u otra.

Descendió de la máquina, dirigiéndose hacia donde los helicópteros acababan de posarse.

Pero antes de llegar, se volvió, contempló las dos «geoperforadoras» y sonrió.

Luego, como un pequeño burgués cualquiera, sacó un estuche de habanos y encendió uno, como solía hacerlo cada vez que terminaban triunfalmente, un nuevo caso.





El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

Nunca se había encontrado la POLICIA DEL ESPACIO con una banda tan bien organizada.

ASESINATO, SERVICIO GARANTIZADO.

Es una novela de W. SAMPAS que le pondrá los pelos de punta.

S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

EDICION
TORAY